

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1874. — TOMO XLIV.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Administración general y Redacción : Passage Saulnier, número 4, en París.

AÑO 33. — N° 1,130.

SUMARIO.

M. de Forcade la Roquette; grabado. — Los Felibres provenzales. — Viaje descriptivo de Montevideo á Val-

paraiso. — El nuevo Museo Khmer en el palacio de Compiègne; grabados. — Revista de París. — Poesías americanas. — La evasión de M. Bazaine; grabados. — El Último duende, por Julio Nombela. — El juego de la

guerra en la reunión de oficiales; grabado. — Londres visto por un francés; grabados. — Boletín de conocimientos útiles. — Holland-house. — Una peregrina; grabado.

M. DE FORCADE LA ROQUETTE

M. de Forcade la Roquette, antiguo ministro durante el imperio, ha muerto de repente el sábado 15 de agosto último, cuando se disponía á trasladarse á Burdeos, para reunirse con su familia.

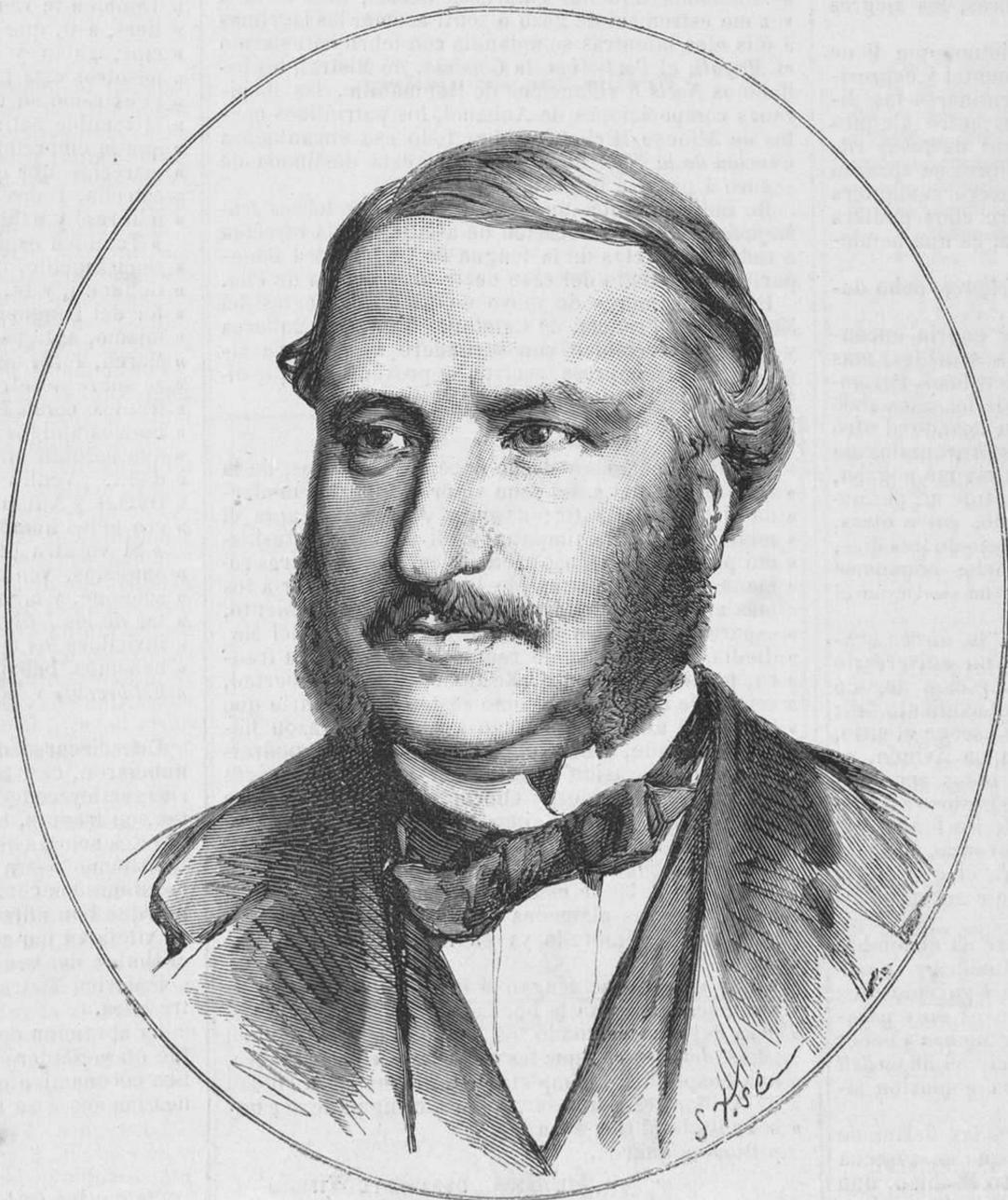
Tenia cincuenta y cuatro años de edad y era hermano uterino del mariscal Saint-Arnaud y del senador Leroy de Saint-Arnaud. Después de desempeñar el cargo de vocal ponente del Consejo de Estado y de haber sido nombrado sucesivamente director general de montes, director general de aduanas y consejero de Estado, fué llamado al ministerio de Hacienda en 1860 en reemplazo de M. Magne.

En 1861 fué llamado nuevamente para formar parte del gabinete como ministro de Agricultura, Comercio y Trabajos públicos, habiendo pasado después al ministerio del Interior.

Su entrada en el ministerio se hizo notar por haber puesto en vigor las nuevas leyes acerca de la prensa periódica, del derecho de reunión y la renovación del Cuerpo legislativo. Todavía se recuerdan los atrevidos discursos, en los cuales M. de Forcade defendía en la tribuna el derecho que el gobierno se había abrogado de distribuir las candidaturas por medio de los agentes oficiales.

A pesar de sus grandes esfuerzos, no pudo impedir que fueran á la Asamblea un gran número de adversarios al imperio; pero esta derrota no le fué imputada por Napoleón, pues le sostuvo en el poder al lado de M. Ollivier.

Nombrado diputado por la Gironda durante el imperio,



M. de Forcade la Roquette, ex-ministro del imperio.

M. de Forcade creyó vencer en octubre último al candidato republicano M. Caduc, pero fué preferido este por una gran mayoría.

L. P.

LOS

Felibres provenzales.

Los *felibres* son los poetas contemporáneos de Provenza. Son los modernos trovadores provenzales, á cuyo frente figura como presidente y director y jefe Federico Mistral, el mas popular de los poetas del Mediodía de Francia, que es como si dejáramos el gran maestre de la felibrería ó de la órden de los felibres.

En muchos periódicos se ha dicho, y han repetido no pocas obras, que el nombre *felibre* viene de *fer libres*, hacer libros. No es cierto, y la etimología es ridícula. Su verdadera significacion es otra. En la antigua Provenza se llamaba *felibres* á los doctores encargados de fomentar y enseñar la ley al pueblo. Hé aquí la verdadera significacion de esta palabra, y hé aquí por qué la han adoptado los modernos trovadores provenzales. No seré yo quien diga si han hecho bien ó mal, si era mejor *trovador* que *felibre*; pero comprendo perfectamente, y perfectamente comprenderán mis lectores, el por qué han tomado esta resolusion.

Los *felibres* forman una academia compuesta de cincuenta miembros, divididos en siete secciones; cada una de estas no cuenta mas que

con siete individuos. Las secciones son : 1ª y 2ª tituladas del *Gay saber*; 3ª, Historia; 4ª, Música; 5ª, Bellas Artes; 6ª, Ciencias, y 7ª, que se titula de *los amigos*. El presidente de la academia es Federico Mistral, el secretario José Roumanille, y el tesorero Teodoro Aubanel, que son, realmente, los tres poetas provenzales de mas nombradía. Estos tres cargos son perpetuos.

Hay á mas cincuenta mantenedores, quienes con sus fondos mantienen la institucion.

Hé aqui los dos primeros artículos de los estatutos, que son los que forman la base de la sociedad :

« Artículo primero. Queda establecida la Felibrería » para guardar y conservar á la Provenza : su lengua, su color, su libertad de obrar, su honor nacional y su buen reinado de la inteligencia; porque, » tal como ella es, la Provenza nos gusta. Se entiende » por Provenza todo el Mediodía de Francia.

« Artículo segundo. La Felibrería es Gaya, amiga, » fraternal, llena de sencillez y franqueza. Su vino es » la belleza, su pan la bondad, su camino la verdad. » Tienen el sol por alegría, sacan su ciencia del amor, » y fian en Dios su esperanza. »

La residencia de la academia es Aviñon, la antigua capital de los papas.

Solo tres extranjeros hasta ahora han merecido la distincion de ser académicos : el uno es irlandés, el príncipe Guillermo Carlos Bonaparte Wyse; los otros dos son españoles.

Tienen los felibres su *Marsellesa*, su himno patriótico y nacional que cantan en coro en sus banquetes y fiestas, produciendo un efecto mágico y encantador.

Este himno, cuya letra es de Mistral, comienza con esta estrofa y estribillo :

Sian tout d'ami, sian tout di fraire,
Sian li cantaire dou pais.
Tout enfantoun amo sa maire,
Tout auceoun amo sou nis :
Noste ceu blu, noste terraire
Soun per nousautre un paradis.
Sian tout d'ami galoi é libre
Que la Provenço nous fai gau :
Es nautre que sian li felibre,
Li gai felibre provençau.

Es decir :

« Somos todos amigos, somos todos hermanos, somos los trovadores del país. Todo niño ama su madre, todo pájaro su nido : nuestro cielo azul, nuestro territorio son un paraíso para nosotros.

« Somos todos amigos galos y libres, y la Provenza nos place. Nosotros somos los felibres, los alegres felibres provenzales. »

Muchas veces al acorde de este himno, que tiene una melodía tan sencilla como sentimental y expresiva, muchas veces, repito, he visto terminarse las dimensiones y diferencias que existian entre algunos poetas, por aquello sin duda del *genus irritabile vatum*. A los ecos de este himno los felibres se abrazan llorando lágrimas de gozo, y desaparece cualquiera rencilla, cualquiera frialdad que entre ellos pudiera existir. Es un santo y seña de alianza, es una bandera de union y de fraternidad.

Conocida ya la institucion de los *felibres*, debo decir algo de sus fiestas.

Estas son espléndidas. Dificilmente podria encontrarse en ninguna otra comarca mas sencillez, mas cordialidad, mas expansion, mas fraternidad. Permaneci en Provenza durante gran parte de los años 1866 y 1867. Pecados políticos me habian llevado al otro lado de los Pirineos, donde los poetas provenzales me ofrecieron la hospitalidad que mi patria me negaba, y asisti á varias fiestas celebradas durante mi permanencia en aquellas comarcas. Recuerdo, entre otras, una muy espléndida que duró por espacio de tres dias, y que el príncipe-poeta William Carlos Bonaparte Wyse, dió á todos los poetas de la lengua de Oc en el pintoresco castillo de Font-Segugno.

Reúnense los felibres siempre que se ofrece ocasion propicia, ya sea con motivo de un aniversario fausto, ya para obsequiar á un amigo recién llegado á Provenza, ya para celebrar un acontecimiento feliz y próspero. Mistral dispone la fiesta y escoge el sitio, se pasa invitacion á los que se hallan en Aviñon, se envia un telégrama á los ausentes, y todos acuden á la hora y el sitio designados. Cuantos gastos se hacen suelen salir del fondo reservado, ó de los fondos del *Almanaque*, es decir el calendario provenzal que viene publicándose hace veinte años, para el que escriben gratis todos con el objeto de reunir sus productos en un acervo comun.

Los banquetes de los *felibres*, á que se da el nombre de *felibrejadas*, son notables por su sencillez y su modestia. Por lo comun, todos los platos y guisados que se sirven son de cocina provenzal, que es muy parecida á la cocina española, y no se acostumbra á beber mas vino que el de *Châteauneuf*, es decir, el de *Castell Nou* de los papas, que es una hermosa poblacion situada á dos horas de Aviñon.

Aun hay mas. El vino que sirve para las fiestas de nuestros modernos trovadores, es el que se cosecha en la propiedad y hacienda de Anselmo Mathieu, uno de los mismos poetas, autor de una bellisima coleccion de poesias que se titula *la Farandola*, poesias

admirables por su riqueza de ingenio, y, mas que todo, por la belleza de su forma, en lo cual pocos sobresalen como Mathieu, el *poete-gentilhomme*, como le llaman sus compañeros.

El vino de Mathieu está en el comercio, se vende en todas partes, y cada botella lleva una etiqueta ó rótulo con el titulo de *Vino de los felibres*. Es un rótulo parlante, á estilo de aquellos blasones de antiguos caballeros que se llamaban tambien armas parlantes. En lo alto de este rótulo está el escudo de Castell Nou; al pié del blason del poeta, que es un rosal lleno de capullos con la leyenda *Año de capullos, año de besos*; á la izquierda se ve una lira coronada de laurel; á la derecha dos palomas arrullándose; en los cuatro ángulos la tiara y las llaves en recuerdo de los papas señores de aquel territorio; en el centro un medallon con estos versos :

Li fonço, au vent-terrau, vénon ravoio :
L'aioli donno au cor la bono imour ;
Li bello de vint an donno l'amour,
Lou vin de Casteu Nou donno la vóio,
Emai lou cant, emai l'amour, emai la joio.

Lo cual traducido, quiere decir :

« El viento de tierra, el mistral reanima las fuerzas; el *ali-oli* da buen humor al corazón; las bellas de veinte años dan el amor; el vino de *Castell Nou* da la fortaleza, y tambien el canto, y tambien el amor, y tambien la alegría. »

El vino de Castell Nou ó vino de los felibres, es excelente, es uno de los mejores y mas celebrados del Mediodía de Francia, y goza de gran reputacion en Inglaterra, en donde las botellas con el poético y caprichoso rótulo que acabo de describir, se venden como pan bendito.

Este vino ha tenido su cantor. El príncipe Bonaparte Wyse ha escrito á propósito de él una preciosa poesia provenzal, llena de color y de ingenio, una poesia que es un verdadero himno, un distinguido músico aviñonés, M. Dou, la puso en música, y apenas hay fiesta poética en que no se cante.

Tengo ya dicho que en las *felibrejadas* reinan la armonia, el gozo, el compañerismo, la sencillez y la fraternidad.

Se habla en estos banquetes de todo lo que es bueno, de todo lo que es bello, de todo lo que atrae y cautiva la imaginacion. A los postres comienzan los brindis, la declamacion y lectura de las poesias y los cantos, y esta especie de sesion literaria acostumbra á prolongarse por largas horas.

Entre los cantos, que muchos de ellos son á coro entre los poetas, los hay preciosos. Mas de una vez, asistiendo á aquellas calurosas fiestas, mas de una vez me estremeci de gozo ó senti asomar las lágrimas á mis ojos mientras se aplaudia con febril entusiasmo el *Magali*, el *Port-Aigo*, la *Condesa*, de Mistral, los bellisimos *Noels* ó villancicos de Roumanille, las inspiradas composiciones de Aubanel, los patrióticos cantos de Alfonso Michel, y sobre todo esa encantadora *Cancion de la copa* de Mistral, que está destinada de seguro á pasar á la posteridad.

He indicado antes que una de las mas célebres *felibrejadas* á que tuve ocasion de asistir, fué la ofrecida á todos los poetas de la lengua de Oc por lord Bonaparte Wyse. Hallo del caso decir algo acerca de ella.

En los primeros de mayo de 1867, los poetas del Mediodía de Francia, de Cataluña, Valencia, Mallorca y Rosellon, recibian con verdadero asombro la siguiente carta impresa, escrita en provenzal, y que dice así traducida fielmente :

« Señor :

« Amante como soy desde hace muchos años, de la » belleza virginal y del sano vigor de nuestra moder- » na literatura de Oc; deseoso de mostrar ante el » mundo mi futura simpatía y mi ardiente entusias- » mo por el maravilloso renacimiento de las letras ro- » manas, se me ha ocurrido la idea de ofrecer á los » mas ardientes partidarios de este gran movimiento, » esparcidos por las ciudades y los campos del Me- » diodía, una ocasion de reunirse en una fiesta fran- » ca, poética y fraternal. Me tomo, pues, la libertad, » señor, de convidaros, como sosten y partidario que » sois de la noble y santa causa que de corazón he- » mos abrazado, á un alegre banquete donde podreis » tener grata ocasion de estrechar las manos amigas » de vuestros cofrades, y chocar, como debe hacerse » francamente, la copa simpática en medio del entu- » siasmo de los bellos pensamientos.

« La *felibrejada* tendrá lugar el venturoso dia de la » *Ascension*, el 30 de este mes de mayo, en las som- » brías y frescas alamedas del castillo de Font-Segu- » gno, tan renombrado ya en nuestra historia lite- » raria.

« Los amigos que tengan á bien honrarnos con su » asistencia, tendrán la bondad de presentarse la vis- » pera del dia designado, en casa del felibre Mathieu » (*Hotel del Louvre*), que les preparará, en mi nombre, » una hospitalidad completa de tres dias en la ciudad » de Aviñon, esa famosa ciudad tan digna de ser hoy » la capital del *Gay saber*.

« Dios os guarde.

« WILLIAM C. BONAPARTE WYSE. »

De treinta á cuarenta son los poetas que aceptaron

el convite. Los hubo de Aviñon, de Saint-Remi, de Carpentras, de Enguières y de Beaucaire, y de Aix, y de Salon, y de Tolon y de Marsella; los hubo de Nîmes, de Beziers, de Tolosa; los hubo de Barcelona y de Valencia.

La fiesta duró tres dias, siendo tratados los huéspedes con espléndida liberalidad por parte del príncipe Bonaparte, celebrándose el primer dia en Font-Segugno, el segundo en la fuente de Vaucluse, célebre por los amores del Petrarca y Laura, y el tercero en Aviñon.

En Font-Segugno hizo los honores del castillo la joven y agraciada esposa del príncipe, milady Bonaparte. Terminado el almuerzo, los poetas se reunieron en un bosquecillo frondoso que hay en el parque, y allí comenzó la sesion literaria, que continuó hasta muy entrada la noche, á la luz de los faroles de colores y de las antorchas con que se iluminó el parque en cuanto comenzaron á caer las sombras.

En Vaucluse el banquete y la sesion literaria tuvieron lugar en las ruinas de la casa, que, segun la tradicion, perteneció al Petrarca.

Leyéronse notables poesias, se cantaron deliciosas trovas, y no faltaron entusiastas y excéntricos discursos, de los cuales estaba proscrita la politica. Entre los discursos, no puedo resistir al deseo de traducir el que pronunció en provenzal el anfitrión lord Bonaparte. Es notable por su carácter excéntrico, y recuerdo que, pronunciado por el autor con gran entusiasmo, produjo un efecto indescriptible.

Dijo así :

« Queridos amigos de Cataluña y Valencia :

« Felibres de Provenza :

« Es cosa bien sabida de los psicólogos que el tem- » peramento poético está á veces sujeto á supersticio- » nes particulares y á alucinaciones especiales. Nues- » tro gran poeta lord Byron, por ejemplo, no queria » jamás emprender ningun viaje el viérnes. Alfieri, si » mal no recuerdo, cambiaba ordinariamente sus pro- » yectos si por acaso encontraba un gato negro en su » camino. Federico Mistral, que tengo sentado á mi » derecha, tiembla como una hoja de álamo ante el » espantable número trece, y Victor Balaguer, que se » sienta á mi izquierda, frunce las cejas cuando ve » volar un cuervo. Yo mismo, tan escéptico de cos- » tumbre, me hallo hoy sobrecogido de una impre- » sion excepcional que á la verdad podria llamar su- » persticion. Yo creo, señores, ver en este momento, » cerniéndose por encima de nuestras cabezas y agru- » pándose en esta sala de festin, las sombras venera- » bles de nuestros antecesores de todos los tiempos » en el *Gay saber*. Te estoy viendo á ti, Bernardo de » Ventadour, á ti, que emprendiste tu vuelo, cantan- » do como una golondrina, hácia el cielo del amor. » Tambien te veo á ti allá arriba, Guillermo de Poi- » tiers, á ti, que fuiste siempre, aunque conde y prin- » cipe, galan y decididor como buen provenzal. Con » nosotros está tambien Pedro Vidal, que llevó hasta » el extremo su exaltacion caballeresca; y Cardinal, » el temible satirico, que si hoy viviera, de seguro » que la emprenderia á latigazos contra esos espíritus » estrechos que quisieran apagar nuestra renaciente » estrella. Todos os contemplan con admiracion, ¡oh » felibres! y os dan gracias en silencio.

« Tambien os saludo á vosotros, poetas del primer » renacimiento, impetuoso La Bellouidière, chispeante » Goudouli, y tú, Cándido Saboli, y tú, el festivo can- » tor del Languedoc, ¡oh abate Fabre! ¡Os saludo asi- » mismo, antiguos poetas catalanes, vosotros, Ausias » March, Jordi de San Jordi y los demás! ¡Cerniéndolo » se sobre nosotros, pero mas cerca y doblando sus » frentes como si quisieran abrazarnos, están esos » buenos amigos que ayer luchaban á nuestro lado y » que habitan entre los esplendores de la nueva vi- » da!... ¡Vedles allí... Castil-Blaze, Jazmin, Adolfo » Dumas y Antonieta de Bencaire, sobre cuyo supul- » cro todos hemos llorado.

« Si vuestra presencia no es una ilusion, sombras » augustas, venid á uniros á nosotros en un *brindis* » solemne, y mientras que nosotros aspiramos el néctar de los *felibres*, llevad vosotros á vuestros labios » invisibles las copas rebosantes del vino de Dios, y » bebamos, bebamos todos juntos á la *Ascension de la » Felibrería*. »

Este discurso dió el tono á los demás que se pronunciaron, casi todos en francés. En cuanto á las poesias, se leyeron y declamaron en castellano, en catalán, en francés, en provenzal y en italiano.

Tales son las fiestas de los *felibres*.

Fáltame ahora decir algo de los mismos *felibres* considerados como poetas, apresurándome á consignar que han afirmado su existencia, su fecundidad y su vitalidad por medio de producciones selladas con el timbre del genio.

Federico Mistral es, sin disputa, el primero de entre ellos.

La aparicion de su poema *Mireio* (María), en 1851, fué un verdadero acontecimiento literario y el magnífico coronamiento de la poesia provenzal contemporánea llegada á su apogeo.

VICTOR BALAGUER.

(Se continuará).



VIAJE DESCRIPTIVO

DE MONTEVIDEO A VALPARAISO

POR EL ESTRECHO DE MAGALLANES Y CANALES SMITH, SARMIENTO, INOCENTES, CONCEPCION, WIDE Y MESSIERS,

POR BARTOLOMÉ BOSSI.

(Continuacion.)

Entramos al interior, que es un verdadero dock, puerto digno de su nombre. Dificilmente se halla otro igual en todos los canales y el Estrecho. Apenas si tuvimos necesidad de largar el ancla; las aguas estaban inmóviles y el viento casi no se notaba. En Puerto Bueno no hay esas considerables eminencias que esconden y oscurecen los fondeadores de estas latitudes; rodeado de pequeñas colinas cubiertas de bosques y de suaves planicies, parece una laguna bordada de flores. En la entrada hay un islote que deja canales á ambos lados. Su fondo adentro varía de cinco á doce brazas, y tiene capacidad para treinta naves de gran porte.

Esa tarde se pasó en cortar leña, y nos decidimos á permanecer ahí el día siguiente también, porque había mucha facilidad para aprovisionarse.

En este día temprano nos fuimos al puerto exterior, mientras que nuestra gente derribaba árbol tras árbol. Conseguimos con algun trabajo matar un *pato* de muy bello plumaje. Merece describirse. Era del tamaño de un *ganso comun*, las patas coloradas, el pico amarillo, los ojos del mismo color, el plumaje color ceniza muy marcado. Apenas perciben al hombre desde grandes distancias, estos pájaros huyen sobre el agua con las alas abiertas y sirviéndose de las patas como de palas ó remos; así su marcha es excesivamente rápida, zambullen y quedan bajo el agua por espacio de mas de un minuto. Vueltos á bordo, hallamos á nuestros antiguos compañeros de caza armados para emprender un excursión seria. Desembarcamos frente en la costa firme y emprendimos nuestra marcha por una vereda que encontramos, trazada probablemente por los indios. Nada teníamos que temer, porque con tres *Lefauchaux* bastábanos para cien indios.

Caminamos en distintas direcciones, y casi siempre subiendo, por mas de una hora, sin encontrar un ave. Maldiciendo de ellas, por no haberse venido á poner al alcance de nuestras armas, volvimos á bordo; el chasco fué completo.

A poco de nuestra llegada se nos avisó que la gente, que estaba en tierra, corria á la orilla pidiendo los botes. Súpose la causa de esto, que no era otra que el haberse desprendido de la vecina costa una canoa tripulada por muchos indios, segun los nuestros. Por medio del anteojo percibimos solo cuatro ó seis cabezas. Tranquilizada nuestra gente, volvió al trabajo.

A los diez minutos pasó la canoa á gran distancia; los indios gritaban de una manera tal, que parecia nos desafiaban. A la seña de ¡*vengan!* avanzaron muy despacio, y á la distancia de veinte varas del vapor nos dirigieron la palabra. Nosotros no les comprendíamos. Despues de llamarlos repetidas veces por medio de la mimica, atracaron al costado. Mientras estuvieron á distancia, habíamos notado un indio de pié, poblada su cara de una abundante *barba blanca* como las crestas de la Cordillera. Nos habia sorprendido mucho este hecho; ver indios de barba cerrada y blanca era una curiosa novedad. La ilusion duró poco. Al verla de cerca conocimos que la blanca barba no era sino una pintura granulenta de ese color, que aplicada al rostro producía, desde lejos, el efecto que nos habia engañado por un momento. Para completar esta figura de carnaval, venia en la canoa una india jóven con dos chicos de pecho, tres niños mas de cinco á diez años, y una vieja que, como la de Puerto Galante, habia perdido su ojo izquierdo; los niños traían pintados grandes *bigotes negros* y *pera* á la Victor Manuel. Estos infelices así pintados produjeron entre nosotros una hilaridad difícil de contener; ellos observaban nuestra risa con una formalidad digna de un juez del crimen.

¿Cómo explicar tan extraordinaria *moda* entre esta apartada gente? Ella debe ser muy moderna, porque ningun viajero la habia observado hasta ahora. Tal vez la vista de algunos desgraciados naufragos les habrán inducido la idea de imitar á los que, ¡quién sabe! fueron sus víctimas. No puede explicarse de otra manera tan estrofararios usos entre esos salvajes.

No pudimos conseguir vencer la desconfianza que mostraban para subir á bordo; permanecieron en su canoa. La india jóven era mejor formada y mas hermosa de cara que la que habíamos visto en el Estrecho. Uno de sus chicos era precioso; difícilmente podrá verse otro igual entre los indios. El indio de la patilla blanca era robusto y bien parecido, como asimismo los tres niños; pero la india á quien le faltaba un ojo era muy fea, tal vez por este notable defecto. Nos llamó la atención sus pies y manos, que hubieran

causado la envidia de nuestras damas mas elegantes. Su tipo tenia mas de araucano que de otro. Desde su llegada no habia cesado de *resongar* ó *cantar*, que de ello era difícil distinguir; el indio la acompañó despues con tal tino y tal voz, que para hacerlos alejar luego abandonamos el costado. Se les dió ropa y alguna comida, y en seguida partieron con direccion á la costa opuesta á la de donde habian salido.

Pasamos ese día en el hermoso Puerto Bueno, llenando la bodega con grandes trozos de leña. Aquí los árboles son muy variados; hay una especie de *roble* que reemplaza perfectamente al carbon por su fuerza como combustible; también se hallan muchos pequeños *cipreses* que arden muy bien, aunque verdes, como todos los árboles de estas regiones.

La vista de los indios y su manera de ser dieron abundante tema á nuestras conversaciones. No dejamos de ocuparnos de la triste suerte de esos desgraciados, que viven una vida salvaje y miserable. El gobierno chileno podia hacer una recogida de ellos para enseñarlos á trabajar y vivir. Su aspecto robusto hace creer que tal vez el ensayo no sería perdido.

V.

Salida de Puerto Bueno. — Salida del sol. — Ballenas. — Estrecho Concepcion. — Cambio de vientos. — Entrada á los canales Concepcion y Wide. — Golfo Eyre. — Una isla flotante de hielo. — Montañas. — Llegada de noche á Bahía Rappler. — Salida. — Lobos. — Dos bancos ó rocas no marcados. — Puerto Eden. — Su posicion é importancia. — Consideraciones.

Muy temprano, en el nuevo día, nos despedimos de Puerto Bueno; era preciso dejarle á pesar de sus excelentes cualidades. Un sol radiante principiaba á dorar los levantados picos de los montes, las verdes islas que pueblan estos canales y frondosas copas de los árboles de los bosques. Luego sus rayos se extendieron por los valles mas escondidos y por la superficie de las aguas que los reflejaban como la mas pura luna de Venecia. La naturaleza muerta en la oscuridad de la noche cobraba vida al calor del rey de los astros. Fué aquel el día mas hermoso de nuestra navegación.

Si en estos canales hubiera algunos puntos colonizados, una excursión á ellos en los meses de verano, sería llena de encantos. El aspecto pintoresco que reviste aquí todo, las bellezas naturales que á cada paso se encuentran, serian poderoso atractivo para los viajeros. No hay pintor de genio que haya ideado paisajes mas bellos que los que la realidad presenta aquí á cada paso.

Hallándonos frente al estrecho Concepcion, desde donde vimos por segunda vez el Pacifico, y entrando al canal que lleva aquel nombre, percibimos sobre las aguas, á distancia de tres ó cuatro millas, algo que semejaba un palo perpendicular con una vela latina. Nos figuramos aquello restos de algun buque naufragado ó una pequeña embarcación tumbada. Desviamos un tanto del rumbo para acercarnos al objeto que nos preocupaba, y ya á la distancia como de cien varas, vimos con gran sorpresa que él desapareció como movido de una fuerza propia, y volvió á presentarse algo igual saliendo de las aguas. Entonces no nos costó mucho conocer que lo que habia llamado tanto nuestra atención no era otra cosa que el *aleton* de un enorme *cetáceo*, que mediria, sin exageracion, mas de cuarenta metros. En el acto nos desviamos y pasamos por su costado, como á cincuenta metros, notando que lo blanquecino que veíamos en el enorme *aleton* provenia de una especie de ostras, lapas ó cosas semejantes á este adheridas. Despues de haberle dejado atrás, dió unas cuantas vueltas con extraordinaria rapidez, chocando fuertemente los *aletones* contra el agua; le servian estos como palas de las ruedas de un vapor. Parecia con tales movimientos que el monstruoso *cetáceo* se defendia de algun terrible enemigo que le atacaba. Luego vimos en distintas direcciones varias *ballenas* mas.

Una brisa suave del Sur, que nos proporcionó la ocasion de desplegar nuestras velas tanto tiempo aprisionadas, nos acompañó hasta el canal Wide. Poco despues de haber pasado el estrecho de la Trinidad, desde donde por tercera vez volvimos á ver el gran Pacifico, quedamos en completa calma.

Llegados frente á la isla Saumarez, que divide el canal en dos brazos, notamos en distintas direcciones y á la distancia, grandes objetos blancos. Eran *témpanos de hielo*, de los que vimos uno muy cerca de nosotros, al doblar una punta de la costa oriental, en el gran golfo Eyre. Pasamos como veinte brazas del costado de esa *isla flotante de hielo*; tendria unas cien varas de circunferencia y quince de elevacion; sus formas eran caprichosas; parecia un templo gótico arruinado con distintos campanarios en forma de obeliscos; en su centro y á flor de agua se veía una especie de gruta. Su base era profunda, por lo que dejaban ver las aguas cristalinas.

Al mismo tiempo que contemplábamos esta obra de las regiones frias, un cardumen de *ballenas* nos rodeaba; en pocos minutos contamos hasta veinte y siete de esos enormes *cetáceos*. Por la mansedumbre que mostraban hacian conocer que aquí no son perseguidas por el cruel harpon; tal vez sea este lugar

uno de los pocos refugios que les queda en la inmensidad de los mares.

En el fondo del golfo Eyre, á una distancia al Este que no es fácil de calcular, se veian las grandes montañas de hielo perpétuo. Por su color azulado es fácil distinguirlas de las demás.

La demora en observar las ballenas y los témpanos nos hizo perder un tiempo precioso para tomar un buen puerto. No nos arrepentimos, sin embargo; no todos los días se ven islas de hielo que se deslizan sobre el mar, como cisnes en una laguna, ni *cetáceos* cuyos movimientos producian una resaca que hacian columpiar bastante al *Charrúa*.

Nos anocheció frente á la bahía de la Cascada, y como esta no era muy buen puerto, seguimos adelante con mucha precaucion, hasta hallar la entrada del pequeño puerto Rappler, que se halla en la margen derecha, en la latitud 40° 26' Sur y longitud 74° 18' 30' Oeste. La luz de la luna, aunque ya entrada en menguante, nos sirvió mucho en esta marcha nocturna.

A las cuatro del día siguiente continuamos nuestro viaje; queríamos salir temprano de los canales por el golfo Peñas. El viento volvió á soplar de NNO. hasta llegar frente á la Costa de los Indios. Ahí calmó.

A medida que íbamos avanzando, miles de *lobos* nos rodeaban; hubo momentos en que no se veía otra cosa en el canal. Los habia en todas partes y direcciones; en los islotes y peñas se hallaban amontonados como hormigas.

Seguimos el derrotero trazado en el plano de Fitz-Roy; el hombre de vigía avisa notar una mancha por la proa y á la distancia de dos millas aproximativamente; luego la distinguimos desde el castillo por medio del anteojo. Pasamos muy cerca de ella, como á cincuenta varas de distancia. Eran *fuco*s y *algas marinas*, que la naturaleza coloca ahí á manera de balizas sobre los arrecifes y bancos. Paramos y sondeamos sin encontrar fondo á cincuenta brazas; pero sobre el banco debe haber poca agua, porque se veía ahí una yerba marina que no crece mucho. Tendrá ese banco unas sesenta varas de circunferencia; apuntada su posicion en el plano, seguimos adelante.

(Se continuará.)

El nuevo Museo Khmer

EN EL PALACIO DE COMPIEGNE.

(Continuacion. — Véase el número 1,129).

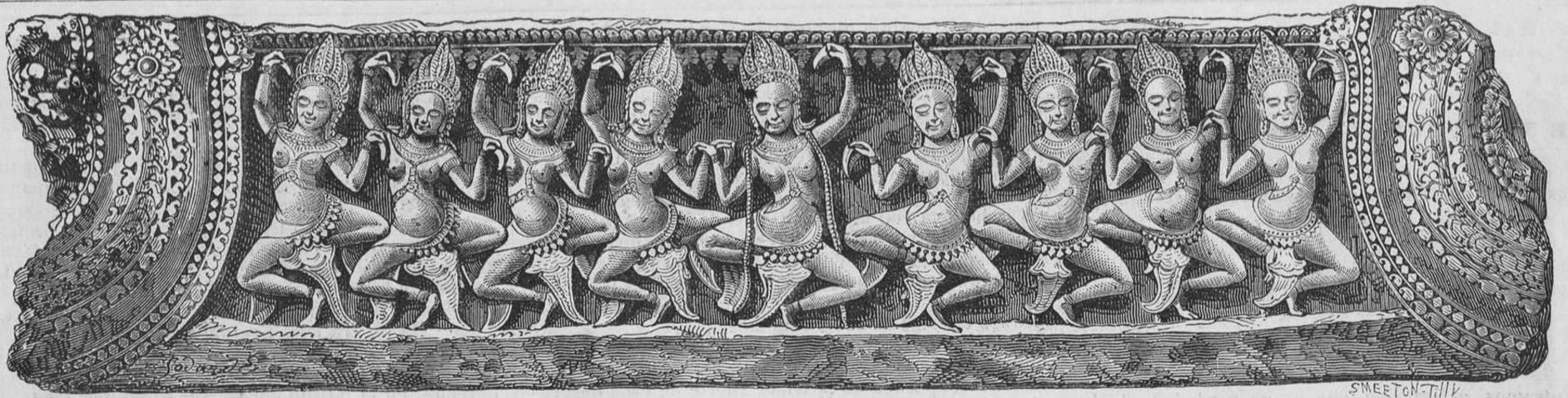
Hemos contado sucintamente en nuestro último número, la historia, el origen y la formacion del nuevo museo que la direccion de Bellas Artes acaba de establecer en Compiègne. Los dibujos que publicamos hoy dan una idea del aspecto del país por donde ha tenido que atravesar la expedición francesa y las dificultades que ha tenido que vencer para trasportar estatuas y grupos en piedra por regiones desprovistas completamente de caminos.

También encontrarán nuestros lectores en este número, algunas reproducciones de un bajo-relieve y de muchas cabezas que figuran en el nuevo museo. En nuestro próximo número entraremos á examinar las obras de arte, tan interesantes por mas de un concepto, traídas por el teniente de navío Delaporte, y de este modo se las podrá apreciar y comprender mas fácilmente cuando se sepa de qué monumentos provienen y cuáles son los principales caracteres de la escultura y de la arquitectura cambogiana.

M. Bartolomé Saint-Hilaire, uno de los miembros del Instituto, escribia en 1861 en el *Journal des Savants*, que «á excepcion tal vez de Birman, los otros países de la India, situada mas allá del Ganges, como Tonquin, Cochinchina, Cambodge, etc., merecen apenas las investigaciones de la historia.» Sin embargo, á los dos años, la Francia ocupaba el Saigón y las embocaduras del Cambodge, y á los cuatro años despues, extendia su protectorado sobre el reino del antiguo Cambodge.

De aquí datan los descubrimientos todavía muy recientes que permiten conocer que en estas regiones, apenas conocidas, existe un inmenso imperio que desde hace muchos años ha llegado á un alto grado de civilizacion; pero las conquistas de Alejandro habian dejado fuera del mundo conocido entonces, las comarcas situadas mas allá del Ganges, mientras que la poderosa barrera del Himalaya les aislaba de la China por la parte del Norte, y las colocaba fuera de las rutas que seguian el comercio y la invasion.

La ignorancia en que se encontraban los hombres mas notables en historia acerca de este punto, es fácil de explicar; pero los viajeros que pudieron aventurarse por el interior del país, no han tardado en encontrar por todas partes, en medio de bosques sumergidos que rodean los grandes lagos, y de inmensas llanuras sembradas de arroz, los vestigios de construcciones antiguas, santuarios, restos de ciudades, ruinas de pagodas y muchos monumentos que no han podido ser construidos sino por un pueblo cuando llega á un alto grado de civilizacion, comparable solo con la de Grecia y Roma.



SMEETON-TILLY



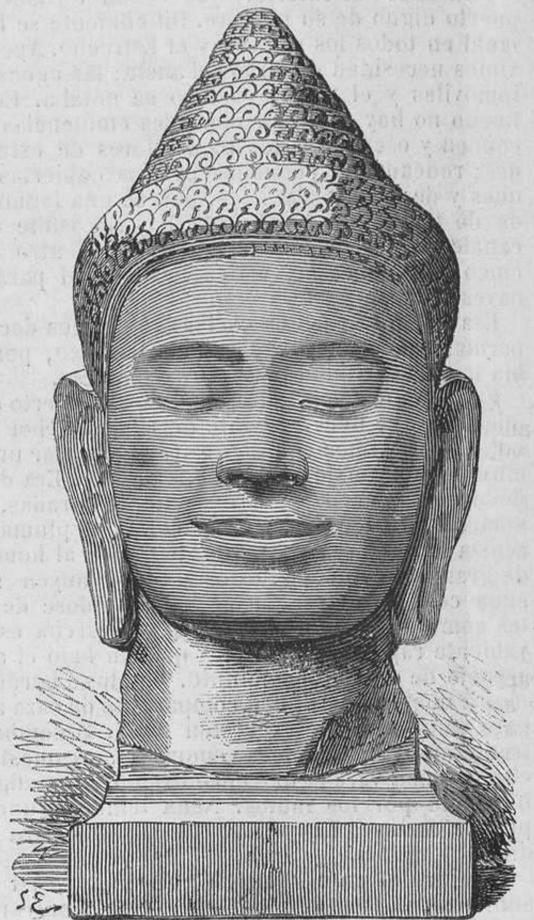
S.E.

S. T. L.



S. T. L.

S. T.



S.E.

Esculturas del Cambodge expuestas en el palacio de Compiègne.



LA MISION FRANCESA EN EL CAMBODGE. — Camino de Compong Soid á Phnom Boc.



LA MISIÓN FRANCESA EN EL CAMBODGE, DIRIGIDA POR M. DELAPORTE, ALFEREZ DE NAVÍO. — Transporte de los pantanos de Paecon de las sepulturas antiguas traídas a Francia.

En nuestro periódico hemos insertado hace ya algunos años, varias vistas de la sorprendente ciudad de Angkor; y las personas que hayan visitado la exposición permanente de las colonias en el palacio de la Industria, han podido observar algunos vaciados de bajo-relieves muy notables, enviados por el comandante de la primera misión M. Dondart de Lagrée; pero las fotografías traídas por M. Delaporte y los muchos vaciados que se han expuesto en el palacio de Compiègne, darán una idea bastante exacta de todo lo que encierra de suntuoso y magnífico este país. Interin que una nueva publicación permite al atrevido explorador enseñarnos las restituciones que prepara, gracias á los planos que ha levantado y á las medidas que ha tomado en aquellos mismos sitios, los numerosos objetos colocados en el piso bajo, enseñarán á los arqueólogos y á los artistas, modelos que no podrán menos de sorprender en un arte que hoy ha desaparecido.

La piedra que sirve para construir estos grandes edificios y en la cual fueron esculpidas tan colosales estatuas y bajo-relieves de varios kilómetros de longitud, es una especie de piedra arenisca de un grano sumamente fino y muy blanda para labrar cuando sale de la cantera, pero que se endurece al contacto del aire. Los arquitectos del país unen las grandes piedras de forma cuadrangular, con una admirable precisión, sin emplear ninguna clase de cemento.

Las columnas son casi siempre pilares de forma cuadrada y de un diámetro uniforme en toda su altura; el capitel y la base son iguales; la caña es generalmente monólita y unas veces carece de adornos y otras está cubierta de florones y follaje, esculpido con un delicado estilo. En realidad no encontramos en los monumentos khmers, ni la recargada arquitectura egipcia, ni las extravagantes construcciones del Indostan. En el adorno general de los edificios, en las medidas observadas en los intercolumnios, en la forma de los capiteles y en las proporciones generales, se conoce desde luego que existe como una reminiscencia de la Grecia, en una de sus más bellas épocas. Al mismo tiempo que la multitud de horribles monstruos de la mitología india, el fervor que se observa en el sentimiento religioso, que recuerda nuestras catedrales góticas, por la riqueza en sus detalles y el sinnúmero de grandes relieves, todo hace pensar en el Renacimiento: de tal modo sorprende la perfección de algunos de sus adornos.

Es pues, innegable que es un nuevo arte, en cuyo estudio confiamos hacer rápidos progresos. Todavía descamos convencernos del gran interés que nos ofrece, recorriendo de nuevo el museo en donde están reunidos los elementos necesarios, para juzgar de todo su mérito.

J. C.

Revista de Paris.

Diferentes veces hemos tenido ocasión de hablar en estas revistas del incremento que ha tomado en Paris la afición á las carreras de caballos. ¿Cómo los franceses se han inclinado tanto á una diversion de origen inglés y que entra tan poco en las costumbres y en los gustos nacionales? Diversas causas han influido en ello, y especialmente la moda que tiene en Paris una influencia dominante. Por la moda se ha explicado el furor hacia este espectáculo; pero á nuestro juicio, ha influido tambien otro elemento que debe tenerse en cuenta, y es el juego.

Sí, las carreras de caballos han abierto un campo inmenso á los jugadores, y todo el mundo puede convenirse de esta verdad con solo echar una ojeada á las agencias establecidas para centralizar las apuestas, en el boulevard de los Italianos y algunas de las calles adyacentes. La víspera de las carreras, la afluencia es considerable: el Bolsin que existe al aire libre enfrente del pasaje de la Opera, es poca cosa en cuanto á animación, comparado con la que se nota en la agencia Oller a pocos pasos de distancia.

M. Oller es el fundador de estas agencias en 1864.

La industria en su principio pareció muy inocente.

Todo se reducía á enviar al campo de carreras un carruaje que servía de oficina, donde se recibían las apuestas de los jugadores y se repartían las ganancias.

Sin embargo, poco tiempo despues abrió M. Oller un establecimiento importante en el boulevard, donde comenzó á funcionar la combinación de apuestas mútuas, bajo un sistema imitado del inglés que alcanzó desde luego una boga extraordinaria.

Ya no se limitaron á jugar sobre las carreras francesas, sino que cada dia se abrían cuadros de apuestas mútuas sobre las carreras inglesas.

Es decir, que se jugaba en permanencia.

Los beneficios que esta importación debía reportar á M. Oller, despertaron la codicia, y se establecieron como por encanto una infinidad de agencias rivales.

La opinión pública se conmovió con tal multitud de agencias, que no parecían otra cosa sino casas de juego,

y el 24 de diciembre de 1868, se operó un embargo general en las principales de ellas.

El tribunal decidió en favor de las agencias que, naturalmente, se aumentaron hasta que la guerra interrumpió el juego.

Ahora bien, en cuanto se hizo la paz, volvieron con más furor que nunca y prosperaron de un modo increíble.

El establecimiento de M. Oller tiene 250,000 francos de gastos anuales y sus ganancias pasan de 100,000 fr.

La pasión por las apuestas ha tomado una intensidad considerable; y la justicia, no obstante el fallo anterior que acabamos de indicar, acaba de formar causa á Oller y otros ocho directores de estas casas, que el fiscal considera como casas de juego.

Oigamos al ministro público, M. Lefebvre de Vieville desarrollar su tesis.

En primer lugar declara que en el dia hay elementos nuevos para juzgar á los directores de las agencias, y por lo tanto, es inútil oponer la autoridad de la cosa juzgada.

Despues de haber señalado la diferencia que existe entre las apuestas de particular á particular, que son muy lícitas, y las que se organizan por los book makers en tienda; despues de haber recordado los bills del Parlamento inglés que han prohibido las apuestas al contado, para no permitir sino la apuesta de palabra que reduce á los jugadores á la clase rica y así disminuye el mal, traza la historia de las agencias parisienses.

Todos los procesados comenzaron por hacer la puesta en sombrero en el campo de las carreras; luego se establecieron agencias en carruajes, y como los beneficios se aumentaban sin cesar, apareció la apuesta mútua en tiendas que se abrieron en los principales barrios de Paris.

« Teóricamente, dice el abogado fiscal, parece muy legal la apuesta sobre el triunfo de los caballos; pero prácticamente, el azar es el que decide. La probabilidad es aleatoria tanto para los caballos presentes conocidos, como para los que no se conocen. No obstante las precauciones que puedan tomar los directores de agencia, la masa del público no siempre comprende el mecanismo; y esta educación le sale cara. El primer año que M. Oller funcionó en el campo de carreras, tuvo 40,000 francos de beneficio, solo por los boletines dados y que ganaban, que no reclamó nadie.

» El número de jugadores aumenta continuamente, tanto en Paris como en provincias. En las agencias de los señores Oller, Cheron, Renard y Girard, se juega cotidianamente sobre las carreras inglesas, escocesas ó irlandesa, estando reservado el domingo para las francesas. El público que frecuenta esas agencias es tan numeroso, que en las casas de Oller y Cheron entran cada dia de cuatrocientas á quinientas personas. Hay gente de toda profesión; pero dominan en la muchedumbre los palafreneros, mozos de café y de peluquero, criados, porteros y empleados subalternos. ¿Qué les importa á todos ellos la mejora de la raza caballar? Casi todos esos individuos viven del juego, no del trabajo y eligen domicilio en la agencia. Tanto es así, que Oller ha querido reglamentar la entrada en su casa, cerrando la puerta á todo extraño: los parroquianos pagarían 25 francos al año y 5 al mes. El mismo director ha pedido que se le permita abrir un café en su establecimiento, lo cual se le ha negado. »

El resumen de este discurso es el siguiente:

La afición á las apuestas ha tomado enormes proporciones y todos los reglamentos que están vigentes y se observan mas ó menos en las agencias, no sirven para comprobar suficientemente la legalidad de las operaciones. Lo que es muy cierto, es el escándalo y el abuso, es la ruina de los hombres cándidos por una partida de cincuenta ó sesenta individuos que viven con esos juegos en los campos de carreras y en Paris; siendo innegable tambien que se apuesta con dinero ajeno, lo que da por resultado acusaciones y condenas en la policía correccional y hasta en el tribunal de Assises.

Digamos algo ahora sobre el mecanismo de las apuestas, que no deja de ser curioso:

Existen cuatro clases, á saber: 1ª al programa; 2ª al cuadro; 3ª al compromiso; 4ª á 50 ó 100 caballos.

En la primera se distribuye un boletín con un número de orden referente á un caballo mencionado en el programa, y si triunfa, el jugador gana tantas veces su puesta como hay caballos inscritos, menos una comisión de 10 por 100; pero suele no ver correr el caballo que ha merecido su preferencia.

La segunda es la misma cosa, con la diferencia de que no se puede ganar mas que la puesta multiplicada por el número de caballos que han corrido, pues esta jugada se hace por los números de los caballos inscritos en el poste despues de haber sido pesados los jockeys.

La tercera se llama de compromiso porque se reparten tantos números como ha habido caballos declarados para una carrera. Aquí hay mucho fraude. Despues que se han retirado algunos caballos, las agencias forman listas en las cuales figuran los que faltan, y á veces presentan ochenta ó ciento, cuando solo hay comprometidos treinta ó cuarenta. La agencia se reserva para sí los cinco ó seis mejores, gana la puesta y realiza buenos beneficios.

En cuanto á la jugada sobre 50 y 100 caballos, se hace del mismo modo que la puesta ordinaria. El que dirige el juego reparte cincuenta y cien boletines; y por lo tanto, si no constan mas que diez caballos inscritos en el programa, noventa jugadores de ciento tienen perdido su dinero anticipadamente.

Queda todavía la apuesta mútua que, como lo indica su nombre, es una mutualidad recíproca de operaciones, cuyo principio consiste en la reunión en una sola masa de todas las apuestas hechas sobre una sola carrera.

Cada jugador elige el caballo que le parece. La unidad se fija en 1, 2, 5, 10, 20 y hasta 100 francos, segun la agencia, y el número de puestas para cada cual es ilimitado. Se totalizan las sumas, la agencia percibe una comisión de 10 por 100, y lo demás se reparte á prorrata de las puestas hechas sobre el caballo victorioso.

En este juego hay una porción de combinaciones que varían: 1º sobre los caballos que ganan; 2º sobre los tres primeros, y 3º sobre todos los caballos por orden de llegada.

La diferencia esencial existente entre la apuesta mútua ordinaria y la apuesta de las combinaciones mútuas, es que en la primera no se puede marcar en el cuadro mas que el número de los caballos inscritos en el programa, en tanto que en la segunda, nada designa de antemano la cantidad de operaciones á que puede dar margen. Con efecto, el número de combinaciones no conoce mas límites que el número de sucesos diversos comprendidos en una ó mas carreras, multiplicadas unas por otras.

Supongamos tres carreras de diez, quince y veinte caballos: multiplicando 10 por 15, ó sea 150 multiplicado por 20, se obtiene un total de 3,000 combinaciones.

Las agencias dejan al público que elija los caballos, y á medida que se producen las combinaciones, se inscriben en el cuadro.

La agencia indica las carreras sobre las cuales acepta las combinaciones, que por lo regular se hacen por la unidad de 2 francos. Está probado que cuando se obtienen 500 ó 600 combinaciones, es ya enorme. Ahora bien, á menudo sucede que la combinación favorecida por la suerte no se encuentra y es preciso devolver el dinero, excepto la comisión de la agencia.

Para evitar esta restitución, M. Oller, que no admitía mas de 640 combinaciones, imaginó reservar la totalidad de las puestas para la reunión siguiente, de cuyo modo, dice el abogado fiscal al detallar minuciosamente estas operaciones, se obligaba á los jugadores á continuar, si no querían perder su dinero.

En vista de esto, muchos reclamaron y se adoptó otro sistema.

Los jugadores de la agencia Oller no pueden formular mas de 640 combinaciones; pero están autorizados para poner sobre un número 641, el cual comprende todas las combinaciones que no se habrían hecho en los 640 primeros.

Por supuesto, el número 641 no se abre á los jugadores hasta que se tienen ya 640 combinaciones formuladas.

Pero es el caso que muchas veces las combinaciones no llegan á 400 y la totalidad de las puestas pasa á la reunión siguiente.

El número 641 representa pues, el acaso, porque él solo puede abrazar todas las combinaciones que no han sido hechas.

Tal es el mecanismo de las jugadas á que dan lugar las carreras de caballos.

En presencia de esta situación que, segun el abogado de la República constituye en Paris un gran escándalo, se han denunciado como hemos dicho, por segunda ó tercera vez las agencias en cuestión, y el tribunal correccional ha sido llamado á juzgar esta causa.

El fundamento de la acusación fiscal está en estas palabras:

¿De qué le serviría al legislador de 1810 el haber dictado el artículo 410 sobre los juegos de azar, y al legislador de 1836 el haber prohibido las loterías, si los mismos hechos condenados pudieran producirse hoy impunemente bajo forma de apuestas y combinaciones?

Fomentar ó permitir el juego público, acostumbrar á los hombres á separar la idea de beneficio de la de trabajo, no es solo una obra de desmoralización, sino casi un peligro en una época en que están tan despiertos todos los apetitos materiales.

La vista de esta causa que llama mucho la atención en Paris durará algunos dias; en nuestra revista próxima daremos á conocer el resultado.

La semana teatral ha sido nula en punto á novedades; pero en cambio abundan las noticias sobre los espectáculos futuros.

En primer lugar diremos que M. Bagier ha obtenido la subvención de 100,000 francos anuales, concedidos por la Asamblea nacional al teatro Lirico, y se propone, segun el proyecto que conocen ya nuestros lectores, explotar á un tiempo en la sala Ventadour la ópera francesa y la ópera italiana.

Como la Nueva Opera no podrá inaugurarse hasta principios del año próximo y M. Halanzier no puede permitir

que se le haga concurrencia en su mismo teatro instalado provisionalmente en la sala Ventadour, tendremos en octubre, noviembre y diciembre ópera italiana, con exclusion del género francés perteneciente al repertorio del teatro Lírico; pero una vez inaugurado el nuevo edificio, las representaciones italianas serán escasas.

De todos modos felicitamos á M. Bagier y deseamos que su combinacion alcance el éxito que merece por lo importante que es, á nuestro juicio, para el arte, el que haya en Paris funciones de música italiana.

M. Halanzier prepara los *Hugonotes* para estreno de un tenor en quien se fundan las mas lisonjeras esperanzas. Antes se presentará al público M. Vergnet, premio del Conservatorio, en *Roberto el Diablo*.

El 1º de setiembre abrirán sus puertas la mayor parte de los teatros que están de vacaciones.

En los Bufos Parisienses se dispone para esta solemnidad la *Linda perfumista*, desempeñada por madama Theo, una de las estrellas de este repertorio, fundado por Offenbach y cultivado con tanto fruto por varios discípulos mas ó menos aventajados del popular maestro.

El teatro Scribe, las Folies Marigny y otros teatros secundarios, inaugurarán tambien la temporada en la misma noche.

En el Château-d'Eau veremos el *Treizième coup de minuit*, leyenda lírica fantástica en tres actos y diez cuadros, esto es, una mezcla de panorama y de comedia de magia.

Por lo que toca á obras literarias, lo mas notable que hay anunciado hasta ahora es un drama de Sardou, cuyo título ignoramos, y una comedia de MM. Gondinet y R. Deslandes, titulada *Gilberta*, que se ejecutará en el Gimnasio.

Esta última pieza saldrá á luz próximamente, pues ya se han repartido los papeles entre los principales artistas de la compañía y van á comenzar los ensayos.

MARIANO URRABIETA.

BOESÍAS AMERICANAS.

AL DOLOR.

Devora, fiera insaciable,
Monstruo, ó demonio execrable,
Que avasalla la creacion;
Devora como lo has hecho,
Si no te hallas satisfecho,
Con furor aun mas deshecho,
Mi robusto corazon.

Cebe, cebe, en mis entrañas,
Con mas rencorosas sañas
Tu furia el diente voraz,
Y en ellas continuo asida,
Como el cáncer á la herida,
Lo que me resta de vida
Consuma su afan tenaz.

Roe, roe; tu constancia
No abatirá mi arrogancia,
Ni mi orgullo, tu furor.
Nada, nada desconhorta
Un corazon que conforta
Alma grande, á quien importa
Poco, placer, mundo, amor.

Hollada la sierpe, vibra
Su dardo, hiere y se libra
Del villano pié veloz;
O sobre el tigre, enroscando
Su flexible cuerpo blando
Lucha incansable burlando
Su instinto y saña feroz.

Devora: tu fiero brio
Yo provocho y desafío
Armado de mi razon;
Yo, masa de vil arcilla,
Yo, flor que un soplo amancilla,
Trama débil y sencilla,
Despojo de la creacion.

Yo, miserable que amo,
Luz que alienta efluvio vano,
Insecto, chispa mortal;

Yo, menos que un ente aéreo
Yo, esclavo vil de tu imperio
Yo, polvo, nada, misterio...
Nacido en hora fatal.

Yo te provocho: descarga
Sobre mí con mano larga
Tus iras; yo callaré;
Y sellando como el sabio
A toda queja mi labio,
Cual firme monte á tu agravio
Inmóvil siempre estaré.

.....
.....

Ven, ¡oh Dolor! en silencio;
Ven, pues yo te reverencio
Como á genio bienhechor
Que mueve influjo divino;
No cual núnmen que previno
Inexorable destino
Para venganza y terror.

Como animando la tierra
El aire impuro destierra
Con su ardiente rayo el sol,
Así tú, ¡oh Dolor fecundo!
Lacerando el cuerpo inmundo
Que se ase reptil al mundo,
Eres del alma el crisol.

Tu intensa llama le aplicas,
La limpias y purificas
De la escoria material,
Sublimando la excelencia
De su peregrina esencia,
Hasta darle una potencia
Divina, excelsa, inmortal.

Tú pruebas su fortaleza,
Su constancia y su grandeza
En el yunque del sufrir;
Él triunfa, glorificando
Del que contigo luchando
Sufre y calla sofocando
De sus huesos el gemir.

Sin tu influjo el hombre henchido
De vanidad, sumergido
Yace en el mar del placer;
Y cree en su delirio ufano,
Cuando se arrastra gusano,
Tierra y cielo soberano
Sujetar á su poder.

ESTEVAN ECHEVERRIA (ARGENTINO).

La evasión de M. Bazaine.

Ya habrá llegado á conocimiento de nuestros lectores, por los periódicos políticos, la evasión de M. Bazaine. Con este motivo nos apresuramos á presentar en este número una serie de dibujos muy interesantes, con algunos detalles que nos han sido facilitados por uno de nuestros colaboradores.

El paquebot en el cual ha huido el prisionero, era el *Baron Ricasoli*, capitán Cecchi, de la compañía Gerano-Denovaro, de Génés, que una semana antes habia sido fletado por la señora de Bazaine y el señor de Rull, bajo nombres supuestos, para hacer un viaje de placer á Marsella. En efecto, el 8 de agosto se hicieron á la mar dirigiéndose á Porto-Maurizio, en donde los viajeros desembarcaron para visitar la ciudad. Despues el buque se hizo á la vela doblando el cabo en San Remo, en donde se detuvo tambien algunas horas. A la vista de Cannes, el *Baron Ricasoli* se dirigió con un fuerte viento hácia el golfo Juan, en donde fondeó, mientras que la señora de Bazaine y el señor de Rull desembarcaron, conducidos por una embarcacion del paquebot que atracó á poca distancia de la Croisette, en un sitio solitario, y en donde debia esperar su regreso.

Entre siete y ocho de la noche se presentaron en la fonda del *Chalet du diable*, y pidieron al dueño del establecimiento, M. Marius Rocca, que les alquilara una barca para dar un paseo por el mar. Este accedió y trató de que los acompañara un marinero; pero le rehusaron, y despues de echar un luis sobre la mesa,

se alejaron. Una vez embarcados, la señora de Bazaine se quitó su waterproof, dejando ver entonces un traje blanco, y cogiendo inmediatamente los remos, se alejaron de la costa sin que despues se les volviera á ver.

Cuando M. Marius Rocca los vió lejos de la orilla, comprendió de lo que se trataba. Al dar á nuestro colaborador estos detalles, añadió que esta aventura habia tenido para él fatales consecuencias, porque se ha visto obligado á pagar 70 francos de multa por haber entregado la barca sin marinero, á abonar la cuarta parte del valor de la misma barca al marino que la encontró al dia siguiente que marchaba á la deriva y á satisfacer los gastos del acta que se le significa.

Tambien refirió á nuestro colaborador un hecho que no deja de tener importancia. Como el lunes por la mañana no tenia noticias de su barca y sabia que fué alquilada para ir á la isla de Santa Margarita, preguntó por el director del fuerte, M. Marchi.

Le contestaron que estaba ausente. Entonces se dirigió al jefe de los guardianes, diciéndole que deseaba hablar á la señora de Bazaine para reclamarla su barca.

— ¿Una barca? le contestó el guarda. ¿Cómo queréis hablar á la señora de Bazaine, si está en Bélgica? Aquí está solo M. Bazaine.

Pero dejemos este ligero incidente y prosigamos nuestra interrumpida relacion.

La señora de Bazaine y el señor de Rull, debieron llegar á la isla de Santa Margarita á las nueve y media ó á las diez de la noche, porque la distancia que media entre el promontorio de la Croisette y la isla, es solo de 700 metros, á pesar que pudieron sufrir algun retraso en su viaje, porque la mar estaba agitada.

M. Bazaine no pudo tardar mucho tiempo en evadirse, porque la barca debia volver á la Croisette, en donde los esperaba la embarcacion del *Baron Ricasoli*; y segun asegura el capitán Cecchi, fué á las doce de la noche cuando los pasajeros volvieron á bordo, acompañados del prisionero disfrazado de criado. Aunque este último hecho no está completamente probado, no por eso deja de ser exacta la relacion que acabamos de hacer.

Ahora falta averiguar por qué medios M. Bazaine ha conseguido evadirse del fuerte. Sobre este punto reina la mas completa oscuridad, é interin que la informacion que se está instruyendo no pase á ser del dominio del público, habremos de atenernos á las noticias que nos ha facilitado nuestro colaborador.

La habitacion que ocupaba M. Bazaine en el fuerte, da sobre una azotea de 30 piés de altura, y está situada sobre una montaña que termina en punta y que domina el mar. La base de esta azotea está cubierta de rocas que azotan continuamente las olas. Al dia siguiente de la evasion, se vió una cuerda con nudos que colgaba de la azotea.

La cuerda era bastante gruesa, pero corta, y además tenia algunas manchas que en un principio se creyó que eran de sangre.

Segun la carta de la señora de Bazaine, publicada en la *Gazette de Cologne*, y lo que aseguran los periódicos bonapartistas, el prisionero ha debido evadirse por esta cuerda. Desde luego puede asegurarse que este hecho es completamente inverosímil, porque la cuerda era muy corta, y además, M. Bazaine era demasiado grueso para seguir en una noche tempestuosa y en medio de la oscuridad, un camino tan peligroso que exigía una gran fuerza en las muñecas, como lo prueba la experiencia hecha de órden de la autoridad militar por un jóven de catorce años, que era muy ágil, arrojado é hijo de un pescador. El descenso se hizo por esta misma cuerda desde la azotea, pero cuando el pobre jóven estuvo á medio camino, se espantó al ver el precipicio que tenia á sus piés, y si llegó al término de su viaje, fué dando un gran salto que no carecia de peligro y no sin recibir algunas contusiones.

Si esta experiencia se hizo durante el dia y con un buen tiempo, con las condiciones que acabamos de indicar, no es de presumir que pudiera realizarse en medio de las tinieblas de la noche y durante un temporal. Además, M. Bazaine tenia otro obstáculo para bajar por la cuerda: era el centinela que habia en la azotea. No era posible que se escapara á sus miradas, ni tampoco es de creer que estuviera seducido, porque los magistrados han reconocido y declarado que no puede hacerse responsable á la guarnicion de esta evasion. Una anécdota que fué contada á nuestro colaborador prueba que los soldados que le guardaban no le demostraban un gran afecto.

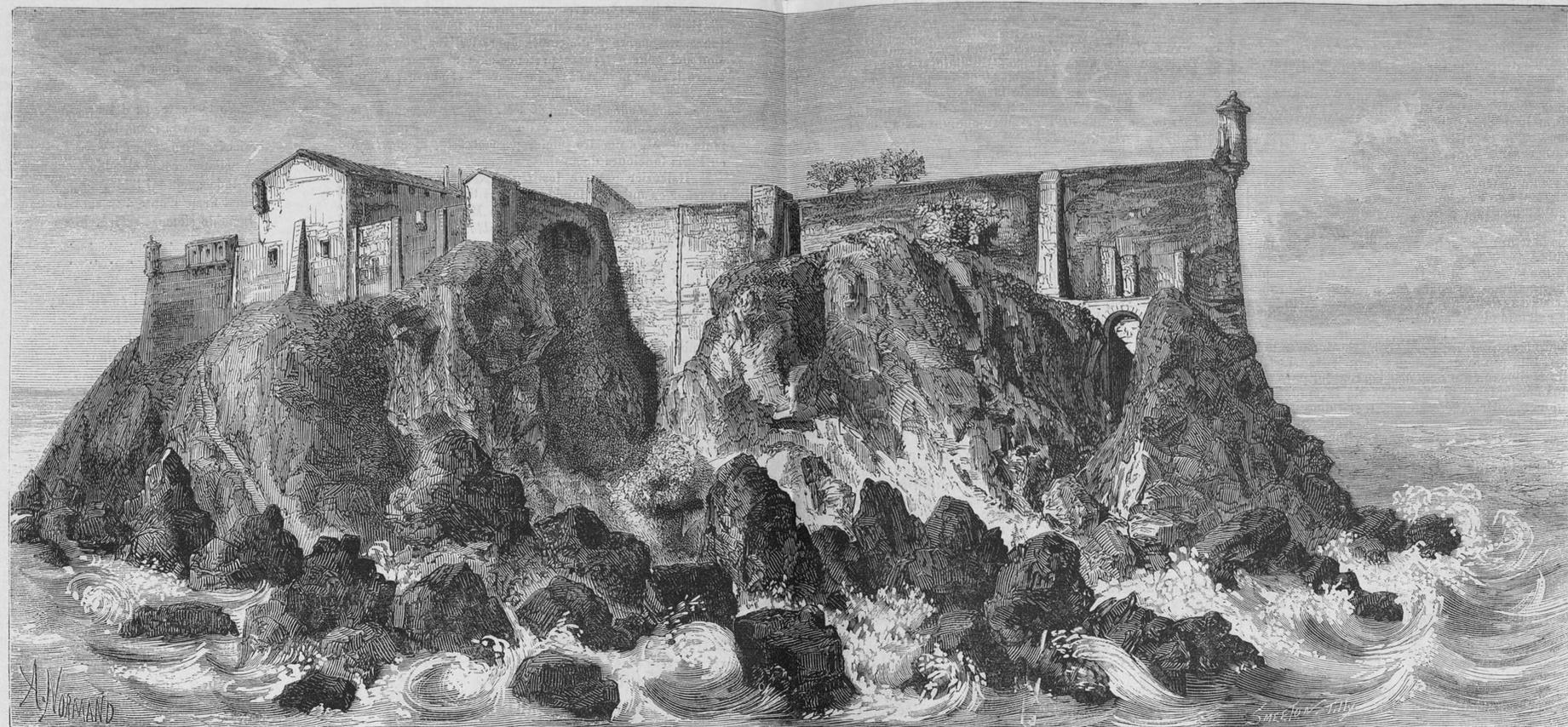
Era uno de los primeros dias de la llegada de Bazaine al fuerte. La azotea sobre la que daba la habitacion del prisionero era muy grande, y con el objeto de formar un patio, habian cortado dos muros. Como uno de ellos no estaba terminado y tenia un abertura, colocaron cerca de ella un centinela. Un dia que Bazaine se paseaba por la azotea, se aproximó á esta abertura como demostrando deseos de pasar al otro lado; pero el soldado cruzó su fusil, y como Bazaine siguiera avanzando, se dirigió hácia él con intenciones hostiles. El prisionero tuvo el tiempo preciso de entrar en su habitacion.

— ¡Así somos todos los de la compañía! exclamó el soldado en el momento en que Bazaine cerraba la puerta.

La señora de Bazaine en su carta dice, que la cuerda por la que pretende que su marido ha huido, fué hecha por ella con las que la servian para atar las



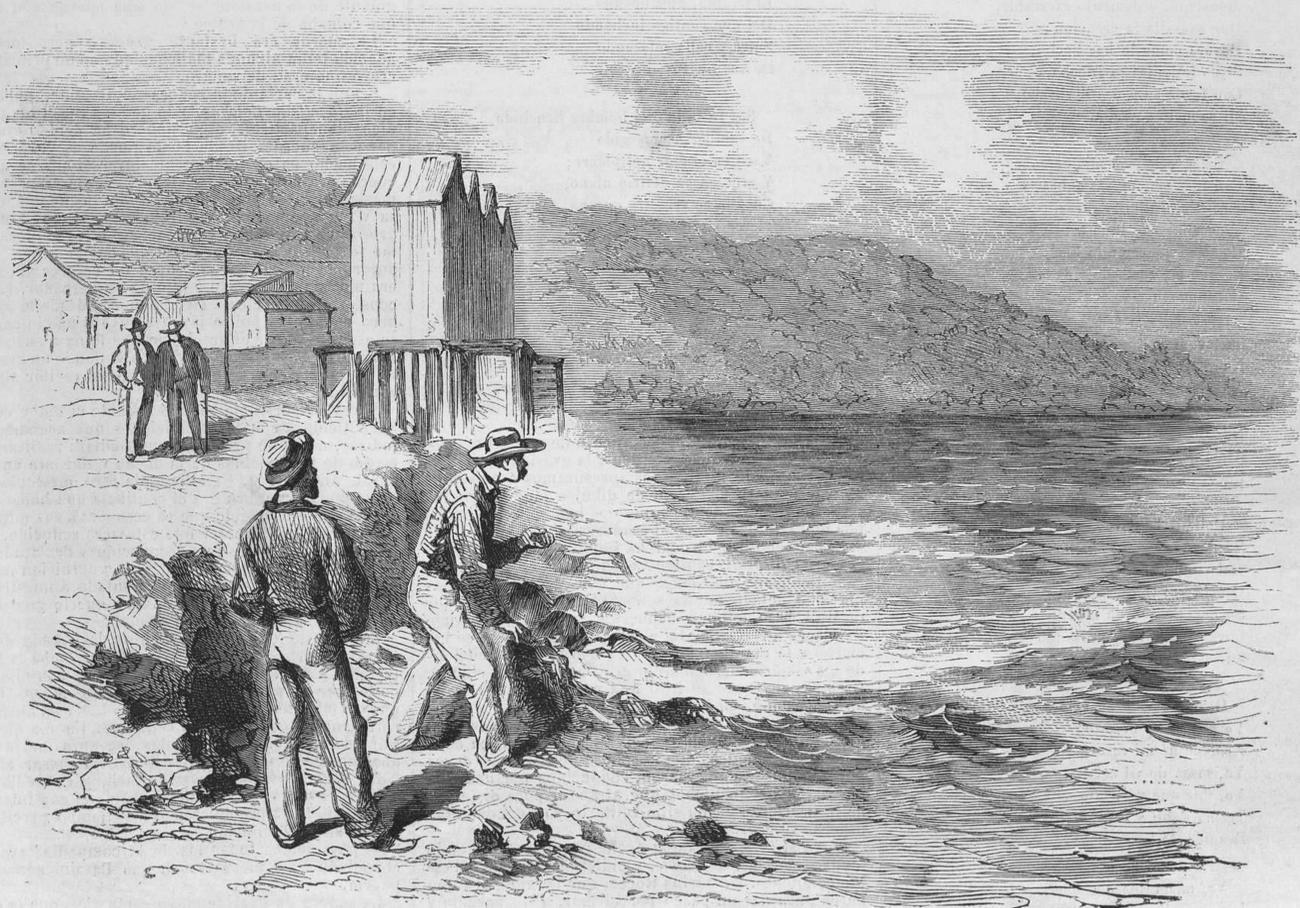
Marino Rocca, propietario de la barca alquilada á la señora de Bazaine.



FUERTE DE SANTA MARGARITA. — Vista tomada por el lado donde colgaba la cuerda.



Sitio en que se probó la cuerda, ante los magistrados encargados de la informacion.



La Punta de la Croisette : Sitio donde se embarcaron la señora de Bazaine y el señor Rull.



Preparativos para el arresto de los carceleros.

maletas, después de haberlas deshecho, cuando la cuerda que colgaba de la azotea era nueva y perfectamente hecha. Además, las manchas de sangre que algunos periódicos decían tenía la cuerda, no eran sino manchas de pintura.

De todo lo que precede se deduce que Bazaine no ha huido por la azotea, sino por alguna puerta que le ha sido abierta por algunos empleados de la prisión, y que la cuerda fué colocada en la azotea para alejar todas las sospechas que pudieran concebirse contra ellos.

Los magistrados han debido formar el mismo juicio cuando han dispuesto encarcelar en Grasse al director de la prisión, M. Marchi, al jefe de los guardianes y á cuatro de estos. Es de esperar que no se tardará mucho tiempo sin que se aclare este enigma.

L. P.

EL ÚLTIMO DUENDE,

Novela original inédita

ESCRITA PARA

EL CORREO DE ULTRAMAR,

POR

JULIO NOMBELA.

I.

MADRID REVUELTO.

La animación que ofrecía Madrid en uno de los primeros días del mes de setiembre del año 1669, era inmensa.

Desde las primeras horas de la mañana todas las clases de la sociedad, y especialmente las que habían madrugado para entregarse al trabajo, se habían visto sorprendidas por las noticias que con la rapidez relativa de aquella época se habían transmitido desde la esfera del gobierno hasta la de los últimos vasallos.

Formábanse corrillos en las plazas, en las calles, delante del régio alcázar, en torno de la cruz de Puerta Cerrada, en las gradas de San Felipe y el portalón de la casa del conde de Oñate.

Parecían estos parajes hormigueros por la gente que iba, venía y se agitaba; colmenas por el murmullo de las conversaciones que formaban un zumbido semejante al que producen las abejas y los zánganos en los momentos de mayor confusión.

Y no era la causa de aquella agitación nerviosa, de aquella curiosidad impaciente, de aquel ir y venir, de aquel charlar por los codos, no era, repito, fausta ni mucho menos; todo lo contrario.

La seguridad de Madrid estaba amenazada.

Preparábanse días de prueba para los madrileños; hallábase la corte de las Españas en el primer acto del triste drama que las pasiones de la augusta viuda de Felipe IV y la imbecilidad y el raquitismo del heredero del rey poeta Don Carlos II, debían servir de término á la dinastía austriaca y llenar de miseria, de oprobio y de vergüenza á la nación tan grande y poderosa durante los dos siglos anteriores.

Pero con mas verdad y mayor colorido que el que pudiera yo emplear, van á contarnos los madrileños diseminados aquí y allá el motivo de la agitación, del temor, del sobresalto que desde el amanecer se apoderó de ellos el día en que damos comienzo á nuestra historia.

Entonces, como ahora, cada cual miraba las cuestiones por el prisma de su conveniencia.

En el antiguo Madrid, es decir, en el cuartel donde se levantaban los templos de Santa María, San Pedro y San Andrés, en los zaguanes de los palacios de los nobles, los rodrigones y los pages, los mayordomos y las dueñas, mostrábanse contentos unos, desesperados otros; cada cual reflejaba los sentimientos de sus amos.

— ¡Parece que nos ha echado Dios una maldición! decía un escudero del conde de Oropesa. Desde que ha muerto el señor rey Don Felipe IV, que en gloria esté, todo son sobresaltos y temores.

— Estos tiempos no son aquellos, objetó una remilgada dueña, acompañando su exclamación con un suspiro.

— Cierto, Mari Gimenez, estos tiempos no son aquellos: por eso en vez de moza sois dueña.

— Qué alegría, qué fiestas, qué luminarias en vida del buen rey cuya muerte lloramos.

— Su Majestad solo pensaba en divertirse.

— Y mientras tanto iba perdiendo poco á poco la nación su grandeza.

— Ahora acabará de perderse.

— Os engañais de medio á medio, dijo acercándose al grupo un page del marqués de la Vega de la Sagra. Dentro de poco vendrá quien nos arregle á todos y enderece á los que andan torcido.

— ¿El infante Don Juan, no es verdad? le preguntaron todos los circunstantes.

— El mismo.

Esta afirmación fué saludada con una carcajada.

— Reid, reid, que no tardareis mucho en llorar.

— Bien se conoce que tu amo no ha olvidado que su padre pereció en las garras del Santo Oficio, y que para vengarse algún día se ha entregado en cuerpo y alma á Don Juan de Austria.

— Pues que lo creais ó no, Don Juan de Austria es el que va á venir á poner el cascabel al gato.

— No ha escarmentado con lo ocurrido á su fiel servidor el aragonés José Malladas.

— No habléis de eso, que se enciende la sangre al pensar en el horrible crimen cometido con ese leal servidor.

— La reina, nuestra señora, es una mujer de mucho empuje.

— En Dios y en mi ánima juro que si no fuera por el respeto que á los reyes se debe, por ser poco menos que cosa sagrada, yo diría que la reina viuda es la mayor calamidad del reino.

— ¡Silencio, blasfemo! gritaron todos.

— Aspadme si quereis; pero yo he de decir todo lo que siento. Ella fué la que apenas llegó á Madrid Malladas, dió sigilosamente orden al corregidor para que enviase los corchetes á prenderle, y sin formación de causa, sin consentirle defenderse, tratándole como á un perro judío, le mandó ahorcar.

— Eso es mentira: él fué quien se ahorcó en la prisión.

— De un modo ó de otro, yo os aseguro que no tardará mucho en presenciar Madrid un escarmentio.

Después con tono misterioso añadió el mismo page:

— ¿No sabeis lo que ocurre?

— ¿Qué, qué? exclamaron todos.

— Don Juan de Austria se encuentra con sus tropas en Torrejon de Ardoz.

— ¿De veras? preguntaron los circunstantes.

— Tan cierto como yo me he de morir. Todo cuanto la reina ha hecho, y todo cuanto su confesor el jesuita Nithard ha ideado para reducir al infante á la obediencia, ha sido inútil.

— Los aragoneses le apoyan.

— Ha sabido conquistarse su afecto.

— Es un ambicioso.

— Sea lo que sea, lo cierto es que sus soldados son valientes, y están dispuestos á sacrificarse todos por él. En vano han enviado los regidores de Madrid un correo al infante dándole orden de despedir su escolta: el correo tornó sin respuesta alguna. En vano han recurrido á la astucia ya que la fuerza ha sido inútil. La reina le ha enviado una carta muy afectuosa, nada menos que con el nuncio del papa que ha ido á verle; pero ¡que si quieres! todo ha sido infructuoso. Esta madrugada, añadió bajando la voz y acentuando el tono misterioso de sus palabras, esta madrugada ha vuelto el nuncio, y por lo que yo he podido descubrir, el infante Don Juan no solo no contesta á la reina, sino que anuncia que si al pasar dos días no sale desterrado de Madrid el confesor de la reina, llegará con sus tropas y saqueará la corte.

Estas palabras produjeron honda sensación en los que le escuchaban.

— ¡Oh! Y es capaz de hacerlo, prosiguió el page. Desde que vive con los aragoneses ha aprendido con ellos á ejercitar la voluntad, y hoy es tan terco como un aragonés.

Lo mismo sobre poco mas ó menos que hemos oido en el grupo en que hemos fijado nuestra atención, decíase en los demás, y cada cual aumentaba la emoción de los que le oían con nuevos datos, nuevas suposiciones ó nuevos comentarios.

Los que eran partidarios de Don Juan de Austria mostrábanse orgullosos de su fuerza, esperanzados en su triunfo, y auguraban un porvenir risueño para España si el príncipe tomaba las riendas del Estado.

Tristes eran aquellos tiempos, pero confesemos en honor de la verdad, que á pesar de estar huérfano el trono, de inspirar serios temores para el porvenir la conducta desarreglada de la reina, y de ser enfermizo el príncipe que debía ocupar el trono, no ya á sus mas ardientes partidarios, sino ni al mismo Don Juan de Austria se le ocurrió por un momento usurpar la corona á su legítimo poseedor.

Descaba, si, inspirado en el espíritu aragonés, engrandecer la España con el soplo de la libertad; descaba arrojar de palacio á los parásitos que habían contribuido á la decadencia de España, debilitando los impulsos del rey Felipe IV en el ruido de la lisonja, pero nada mas.

Otros, en honor de la verdad la mayor parte de los madrileños, juzgaban con severidad la conducta del infante Don Juan, y al saber sus propósitos se apresuraron á la defensa.

— No entrará en Madrid si no pasa por encima de nuestros cadáveres, exclamaban unos.

— Mucho es el respeto que le debemos por ser de la real casa, decían otros, pero si se acerca á Madrid, vamos á hacer gigote con él y sus aragoneses.

Mientras que el pueblo, con su lenguaje patriótico y su innata impresionabilidad, se agitaba sin dirección, los regidores, reunidos solemnemente para deliberar los medios de precaver los males que amenazaban á la corte, acudieron á implorar el concurso del presidente de Castilla, y se trató muy seriamente de armar al pueblo de Madrid, no sólo para defenderse del saqueo anunciado, sino para atacar al infante,

apoderarse de su persona y hacer con él un escarmentio.

La actitud enérgica de las autoridades y del pueblo contuvo á Don Juan de Austria, y en vez de continuar en Torrejon de Ardoz, se retiró á Guadalajara para ser desde allí una constante amenaza de los palaciegos y especialmente del confesor de la reina.

Durante todo el día la efervescencia del pueblo fué creciendo como las olas del mar cuando las agita el soplo de la tormenta.

Los trabajos se suspendieron, las compras y las ventas se paralizaron.

Saber una noticia, expresar un sentimiento patriótico, discutir, pedir á los santos en los templos que librasen á Madrid de los horrores del saqueo, arbitrar medios de defensa, llevar noticias de un lado á otro: estas fueron las principales ocupaciones de los madrileños.

No faltaron reyertas entre los que pensaban de distinta manera; también hubo voces subversivas contra el padre Nithard, á quien atribuían la causa de la indignación del infante Don Juan.

El aspecto que presentó Madrid fué sombrío, porque la animación y el movimiento lo eran también.

La alarma duró hasta el día siguiente, en que llegó la noticia de que el infante había levantado el campo, retirándose á Guadalajara.

Madrid respiró, pero no se atrevió, como suele decirse, á respirar muy fuerte.

Si la fiebre del pueblo se calmó, la reina y sus consejeros creyeron que entonces mas que nunca era necesario desplegar el mayor celo y poner en juego todos los medios para observar á los amigos de Don Juan de Austria y evitar cualquiera sorpresa, seguros como estaban de que el infante, hombre diestro en la lid, hábil en la política y dotado de una viva imaginación, emplearía recursos eficaces para conseguir su objeto, sin malquistarse con el pueblo de Madrid, porque dicho sea de una vez, si se había retirado desde Torrejon á Guadalajara, no había sido por miedo.

Habíanle participado la actitud de los madrileños, temió que al entrar con los aragoneses en la corte ocurriese una lucha sangrienta, y como no era conquistar el trono, sino salvarle de las aves de rapiña que le acechaban, el móvil de sus actos, quiso ganar la voluntad del pueblo de Madrid, y para ello efectuó la retirada.

La amenaza del saqueo, su proximidad á la corte, la efervescencia del pueblo eran, como he dicho antes, el prólogo de un drama.

El drama es el que vamos á ver desarrollarse ante nuestra vista.

II.

LOS APUROS DE UN CORREGIDOR.

Mientras el pueblo ofrecía el cuadro que he bosquejado en el capítulo anterior, el aspecto que presentó el palacio no era menos interesante.

Doña Mariana, que frisaba ya en los treinta y ocho ó cuarenta años, parecía aun mas jóven de lo que era por la viveza de su carácter, la fogosidad de su imaginación y la exacerbación de sus pasiones; elementos que la tenían siempre bajo el dominio del sistema nervioso.

Fanática unas veces, indiferente y hasta impía otras, esclavizada por los caprichos, caprichosa con los que la rodeaban, llena de temores y sobresaltos, su existencia era, por decirlo así, una continua enfermedad.

Desde tiempos remotos suelen ser los reyes los seres mas desgraciados de la tierra.

Cuando llegan al borde del abismo, en vez de hallar quien los separe de él, solo encuentran quien los empuje.

Sus debilidades, sus vicios, son filones que explotan en beneficio propio los palaciegos, y de aquí las desdichas que pesan sobre los pueblos cuando los encargados de gobernarlos no pueden obrar por sí mismos, no pueden destruir las redes que les tienden los insectos que bajo su sombra corren sus entrañas con la villanía de la adulación.

La idea de tener que separarse de su confesor, que había logrado dominarla por completo; el temor de perder el trono que custodiaba para su hijo y la noticia de que el infante se hallaba en Torrejon de Ardoz, la agitaron de tal manera, que fué preciso desde el primer momento llamar al médico de cámara para que le prodigara los auxilios que su estado requería; pero mas que las medicinas diestramente aplicadas por el licenciado Tornero, servían de calmante á su agitación las nuevas que llegaban á palacio acerca de la actitud del pueblo de Madrid.

El presidente del Consejo de Castilla, el corregidor, los nobles, todos los que tenían acceso en la cámara real, daban á Su Majestad seguridades acerca del estímulo que se había despertado en el pueblo para sacudir el yugo con que le amenazaba el infante.

Todos los madrileños estaban decididos á derramar su sangre poniendo un valladar de cadáveres á las huestes aragonesas capitaneadas por Don Juan de Austria; todos estaban dispuestos á salvar el depósito que el rey Felipe IV había dejado en manos de su esposa Doña Mariana, para que al llegar á la mayor edad su hijo le recibiese de sus manos.

Cuando la reina supo la determinación del infante,

cuando llegó á su noticia que habia partido con sus tropas á Guadalajara, respiró su corazón oprimido.

Hallábase á la sazón sola con su confesor, que era á la par que director espiritual, consejero íntimo de la reina en los actos políticos.

— ¡Gracias á Dios! exclamó Doña Mariana al saber que el peligro se habia conjurado.

— Demoselas con toda el alma, respondió el padre Nithard; pero acordémonos de que en ciertos momentos de la vida la misma religión nos manda tener, para precavernos del mal, la astucia de la serpiente.

— ¿Supongo, padre mio, que no os ireis de mi lado?

— Aplazaré el viaje á que vuestro augusto pariente me condena; natural es que desee mi alejamiento de vuestro lado. Cuantos consejos os he dado, cuantos os puedo dar en lo sucesivo, han de ser por fuerza contrarios á sus intenciones, y en todo tiempo destruir á nuestros enemigos es el deseo de la soberbia humana.

— ¿Qué sería de mi sin vuestro auxilio!

— No os abandonaré, señora, que si me hallaba decidido á partir para librar á ese pueblo que tan mal me quiere, de los horrores del saqueo, hoy puedo sin detrimento suyo ni menoscabo vuestro, continuar ofreciéndoo los consuelos espirituales y los consejos que vuestra calidad de gobernadora del reino necesita en tan crítica situación.

— ¿Con que tan mal os quiere el pueblo? dijo la reina.

— Sí, pero no es extraño. También los hijos, cuando aun no conocen el mundo, acusan á sus padres y á veces se revuelven contra ellos porque son vanguarda de su voluntad y obstáculo de sus instintos. Pero ¡ay! cuando los pierden es cuando el arrepentimiento entra en su alma. Mi bien, señora, sería abandonar el palacio, salir de Madrid: entonces el pueblo que hoy me desprecia y me aborrece, quizás me lloraría. Pero no hablemos de mí. El peligro se ha conjurado por hoy, es necesario evitar que mañana se renueve.

— Teneis razon, padre mio. ¿Qué debemos hacer?

— Conozco lo suficiente al infante para saber que no cejará en sus propósitos. Lo que no ha querido fiar á la fuerza lo fiará á la astucia, y en mi humilde concepto, es necesario que Vuestra Majestad llame al corregidor y le exija que despliegue una gran vigilancia. Todos los forasteros que lleguen á Madrid deben ser observados, espíados, porque sin duda alguna Don Juan enviará gente. Tiene en Madrid algunos nobles que son de su partido; no faltan mercaderes que están dispuestos á favorecerle con recursos. No hay duda de que ha de minar el terreno, pero la habilidad del corregidor, sus incansables pesquisas, los medios de que dispone para llegar á conocer hasta las mas recónditas intenciones de cuantos lleguen á Madrid en estos dias, son medidas bastantes por ahora para evitar cualquiera sorpresa.

— Teneis razon, padre mio. Nadie mas que vos puede dar esas órdenes al corregidor. Llamadle y decidle en mi nombre que os obedezca en todo y por todo.

— En ese caso, señora, ya que vuestra bondad es tanta para mí, permitidme que llame al corregidor y en vuestra presencia le instruya, interpretando vuestros deseos.

El corregidor, que estaba en la antecámara, entró y oyó de los labios de la reina la orden explícita de que obedeciera al pié de la letra las instrucciones del padre Nithard.

Al salir de allí el bueno del corregidor iba preocupado, porque comprendía lo difícil del encargo que acababan de darle.

¿Cómo averiguar las intenciones de los que todos los dias llegaban á Madrid?

No eran muchos ciertamente; no sucedía lo que hoy sucede. Llegaban de los pueblos inmediatos por la mañana labradores con frutos y hortalizas para los mercados; llegaban arrieros con mercancías de todo género, alguno que otro militar, alguno que otro aspirante á oficio ó empleo en la corte; pero aun así y todo, la misión que habia recibido era delicada y difícil.

— De ti depende la tranquilidad de mi alma y la seguridad del trono de mi hijo, le habia dicho la reina.

Para un corregidor de aquellos tiempos estas palabras debían ser y eran la mayor recomendación.

Así es que aguzó el ingenio, y al llegar á la Casa de Corte reunió á los alcaldes de cuartel, les trasmitió sus instrucciones, adornándolas con severas amenazas si no las cumplían al pié de la letra.

Los alcaldes á su vez, en tono mas severo aun, hicieron la misma recomendación á los alguaciles, y desde aquel momento lo que entonces constituía la policía se puso en guardia, y andaba, como suele decirse, en un pié, durmiendo solamente con un ojo.

El que mas agitado vivía, el que mas sobresaltos pasaba, era el corregidor de Madrid, quien persuadido de la importancia de la orden que le habia comunicado el padre Nithard, no cesaba un solo instante de vigilar á sus subordinados.

Su sueño era intranquilo y corto, porque pasaba la noche rondando por sí mismo.

A esta preocupacion se unía el trabajo extraordinario que le daban los interrogatorios que se veía obligado á practicar con aquellos de los forasteros sospechosos que como medida de precaucion llevaban los corchetes á su presencia.

Al tercer dia de estas tareas, y cuando el bueno del corregidor no pudiendo resistir mas la tentación del

sueño, dormía profundamente, se presentó en su casa el alcalde del cuartel de Puerta Cerrada.

Como persona conocida abrió el criado la puerta, y le condujo de primera intención al ante-estrado.

— ¿Y el señor corregidor? preguntó con voz agitada el alcalde.

— Su señoría, contestó el criado, duerme.

— Pues es preciso que se despierte.

— ¡Pobre señor! Al cabo de tres dias ha caído rendido, y va á desesperarse si le cortan el sueño en lo mejor.

— Yo lo siento infinito, pero es indispensable.

La esposa del corregidor, que como digna descendiente de Eva, y al mismo tiempo como excelente mujer de su casa, se habia puesto á escuchar detrás de una puerta vidriera, salió en aquel momento á defender el sueño de su marido.

— No, no es posible despertarle, dijo. Acaba de coger un sueño profundísimo, y así si se le cortamos, puede adquirir hasta una enfermedad.

— Lo comprendo, señora, objetó el alcalde; pero los magistrados tienen altos deberes que cumplir; y si los soldados del rey mueren cuando es preciso en servicio de su Real Majestad, justo es también que nosotros...

— ¿Pero de qué se trata? interrumpió la corregidora. ¿Ha ocurrido algo grave?

El alcalde miró en torno suyo, y al ver que habia desaparecido el criado, y que estaba solo con la corregidora, acercándose á ella y en voz baja dijo:

— Ha caído un pez, que, ó mucho me equivoco, ó va á darnos la clave del enigma.

— ¿Un pez?... preguntó la corregidora muy admirada.

Porque en aquellos tiempos tan severos las figuras retóricas parecían una inmoralidad, y se usaban muy poco.

— Sí, señora: lo tenemos bajo llave, y como me parece muy listo, si le damos tiempo de reflexionar es capaz de envolvernos; creo absolutamente necesario que nuestro muy ilustre corregidor le interrogue.

— ¡Ah, eso ya es otra cosa! exclamó la corregidora, dispuesta á sacrificar el sueño de su marido por la satisfacción que experimentaba su amor propio al oír las lisonjas que el alcalde tributaba al corregidor.

— Las circunstancias que atravesamos, añadió el alcalde, son difíciles. ¿Quién sabe si ese hombre que ha caído en nuestro poder tiene cómplices? Yo creo que sí, y han de ser poderosos. A estas horas estará trabajando para corromper algun alguacil, y ver si puede alcanzar su libertad; porque no hay duda, hoy he prestado un gran servicio, uno de esos servicios que no pueden pagarse con nada en el mundo, que solo sirven á los leales vasallos para poner en evidencia el amor, el respeto, la lealtad que les inspiran los reyes. Con que ya ve Vd., señora, añadió el alcalde, es preciso que su señoría venga inmediatamente á la Cárcel de Villa, en donde se halla preso é incomunicado el consabido pez.

— En ese caso voy, voy á despertar á su merced.

La corregidora entró en las habitaciones interiores, y el alcalde esperó.

La escena que siguió al diálogo que he reproducido, fué cómica en extremo.

El corregidor dormía como un topo.

En vano su mujer gritaba, agitaba sus brazos y sus piernas, en vano le soplaban el oído, todo era inútil; su señoría estaba á muchas leguas del mundo.

Agotados los primeros recursos, recurrió al agua fresca, y roció la cara de su esposo con algunas gotas, logrando que se incorporara en el lecho, que fuera de sí llenase de improperios á la que atentaba á su tranquilidad, acompañando en su desesperación á los improperios con los chapines, la palmatoria, la silla y todo cuanto tenia cerca de la cama.

Y no era para menos la cosa.

Por muy corregidor, ó muy ministro, ó muy rey que sea un hombre, no puede prescindir de sus debilidades.

Despertad al que ha pasado tres dias sin dormir cuando apenas coge el sueño, y si no os devora, como haría una fiera, es porque no puede, no porque no le faltan intenciones.

— Cálmate, hombre, cálmate, gritaba la corregidora. Te he despertado porque es preciso. En la antesala espera uno de los alcaldes, y tiene que comunicarte noticias importantes. El servicio de su Real Majestad lo exige.

No repetiré las respuestas que bajo la influencia del disgusto daba el corregidor á las palabras de su esposa: la que menos constituía un desacato.

Por fin se serenó, y renegando de su suerte, de su empleo y hasta de su mujer, salió á conferenciar con el alcalde.

Entonces supo lo que habia pasado.

III.

UN POETA Y UN ALGUACIL.

Dos horas antes de que el alcalde del cuartel de Puerta Cerrada fuese á turbar el sueño del corregidor, observaron los alguaciles que vigilaban la puerta de Segovia, que un joven como de veinte y cuatro á veinte y cinco años, pobremente vestido, con unas alforjas al hombro, llegó á la cabecera del puente.

Se detuvo quedando ensimismado como un hombre que reflexiona, despues de algunos minutos pasó el puente, y en vez de entrar por la puerta á la calle de Segovia, torció á su izquierda, siguió una senda paralela al alcázar, se detuvo varias veces á contemplar la régia morada, y despues bajando al soto próximo al Manzanares, se sentó bajo un árbol.

Sacó de una alforja unos papeles, de la otra un pedazo de pan bastante seco y una tajada de queso de oveja, y mientras leía y comía, un alguacil que le habia seguido y le acechaba, oyó con espanto algunas de las frases que pronunciaba.

El mozo leía y leía versos, y el alguacil que agazapado escuchaba, al oír barajados los nombres de Don Juan de Austria, de la reina, de Lepanto, y las palabras *exterminio, muerte, desolacion*, etc.

— No hay duda, se dijo; el hombre viene decidido á minar el palacio y á destruir á Madrid.

En honor de la verdad, no las tenia todas consigo el corchete, porque el mozo parecía hombre de puños.

Por otra parte, no podia pedir favor al rey, porque en aquel momento la soledad mas completa reinaba en la alameda.

Careciendo de fuerza, recurrió á la astucia, y haciendo ruido para llamar la atención del forastero, se acercó á él y le saludó cortésmente.

— Dios guarde al forastero, dijo.

— Dios guarde al alguacil, contestó el forastero.

— ¿Se viene muy cansado?

— Sí, señor: he andado todo el dia de ayer, y para descansar he hecho lo mismo por la noche.

— ¿Y de dónde se viene?

— De Guadalajara, contestó el mozo.

El alguacil confirmó sus sospechas con estas declaraciones.

— ¿De Guadalajara?... dijo.

— Sí, señor.

— ¿De modo que habreis visto á los soldados de Don Juan de Austria?

— Yo lo creo.

— ¿Y al infante también?

— Pues no he de verle .. Tanto me ha impresionado, que en el camino, para matar el tiempo y amenegar el cansancio, le he dedicado unas décimas que vais á oír, porque, para que lo sepais, yo soy poeta.

(Se continuará).

El juego de la guerra

EN LA REUNION DE OFICIALES.

Nuestro dibujo trasportará á nuestros lectores al salon de la biblioteca de la Reunion, para que asistan á la partida de juego de la guerra, de que tanto se viene hablando desde hace tres años. Si se examina á todos los jugadores, se comprenderá fácilmente que se dedican á una ocupacion de las mas formales, y que este juego militar no es solo un sencillo pasatiempo.

Este juego fué inventado y recomendado hace mas de medio siglo por varios oficiales, sin que desde entonces fuera aceptado por ningun país. La Prusia fué la única que le adoptó, introduciendo en él notables reformas, hasta que la guerra que sostuvieron ambas naciones hizo comprender á todas las demás que este juego podia constituir una verdadera escuela de oficiales. Convencida la Reunion de oficiales de los conocimientos que podían adquirir con este juego, no titubearon en introducir su uso en Francia, utilizando los trabajos que se hicieron hace algunos años, á fin de darle la forma mas cómoda y sencilla. Así que casi todos los regimientos cuentan hoy en Francia con tan útil pasatiempo.

El plano representa el terreno ó teatro de las operaciones, que puede variarse por medio de una ingeniosa combinación. Como verán nuestros lectores en nuestro dibujo, está extendido sobre una gran mesa en la biblioteca. El director de la partida preside las operaciones y juzga sin apelacion las disposiciones que se adoptan en el juego. Dos árbitros le acompañan y vigilan para que se observen con rigor las leyes del juego.

Los otros oficiales son jugadores que se dividen en dos campos, en azules y encarnados ó simples espectadores que se instruyen, siguiendo las peripecias á que se presta la lucha; pero les está prohibido revelar al uno el plan de campaña del otro.

Algunos dias antes que empiece la partida, el director remite al general en jefe de cada bando el *tema general*, es decir, el objeto de la operacion, que pone en campaña á los dos ejércitos (que no deben jamás exceder de 5,000 á 6,000 hombres), y las instrucciones que le son peculiares que debe ignorar su adversario.

El general en jefe de cada uno de los ejércitos, tiene á sus órdenes varios oficiales encargados del mando de la infantería, caballería y artillería, ó de la vanguardia, de la retaguardia, etc.

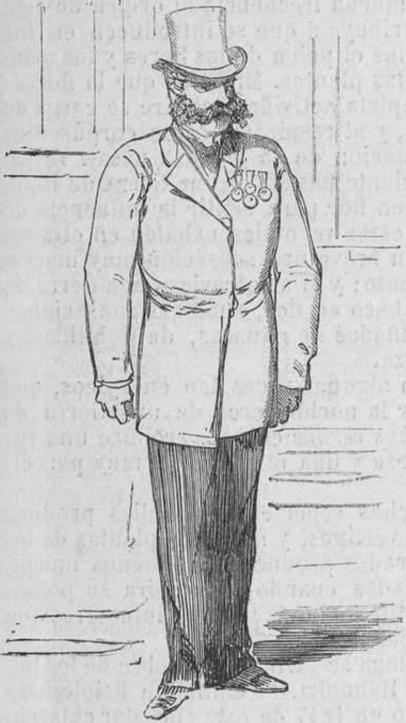
Despues de acordado con sus oficiales el plan de las operaciones, el general en jefe remite por escrito sus órdenes al director de la partida, que fija la posición que deben ocupar los dos ejércitos al principiar la partida.

Un magnífico reloj de carton indica el tiempo que



El juego de la guerra en el Círculo de los oficiales franceses.

LONDRES VISTO POR UN FRANCÉS.



En Hyde Park.



Sepultureros.



Voluntarios escoceses.

ha de durar cada convencion, y una serie de cuadros que permite poder calcular el espacio que recorren las tropas durante un tiempo dado. Las órdenes se suceden sin interrupcion, pero no son entregadas al destinatario, sino en el momento que realmente pudieran llegar á su destino, fueran conducidos por estafetas ó por oficiales; y si durante este tiempo el movimiento de las tropas enemigas hace completamente inútiles estas órdenes, los oficiales que tiene bajo su inmediato mando están obligados, como en la guerra, á obrar segun les dicte su buen juicio.

En breve los dos ejércitos ocultos por medio de pantallas móviles van á estar á la vista. El combate va á empezar: ya se acercan, ya se abre el fuego por ambas partes.

Los árbitros echan suertes, y con arreglo á las indicaciones de los cuadros, calculan las pérdidas sufridas por ambas partes, deciden del éxito de las cargas de caballería, de los ataques al arma blanca, y juzgan de las necesidades que hay en muchos casos de las retiradas y de la posibilidad de volver á tomar la ofensiva. Como en la guerra, se ha tratado de buscar en las reglas del juego, el medio de poder calcular las ventajas que resultan del número, la situación, la preparacion; tambien, como en la guerra, se tiene en cuenta un elemento que se escapa á todo cálculo como es la suerte, que no siempre favorece al mas hábil.

Aunque las reglas del juego sean tan completas como puede desearse, no es posible que lo aprecie todo y que lo prevea todo. En este caso, al director corresponde completar las reglas que sean de dudosa interpretacion, y sus decisiones no tienen apelacion.

Cuando las operaciones están bastante avanzadas para que el éxito de la batalla no sea dudoso, ó el juez considera llegado el momento de hacer cesar las hostilidades, el director detiene la partida y reúne á los jugadores, á fin de hacer notar las diferentes peripecias que ha habido en la lucha, con el objeto de que les sirva de enseñanza. Además, les demostrará que una orden fué dada demasiado tarde, que otra ha sido poco prudente, que algun movimiento hecho con gran vacilacion, debia de crear dificultades imposibles de vencer, que tal ataque, muy mal preparado, no podia dar buenos resultados, y en caso de necesidad, expondrá ciertas acciones de guerra en apoyo de sus observaciones.

Como se ve, el juego de la guerra viene á constituir un curso completo del arte militar, y son tan importantes sus jugadas y el interés que se toma en ellas es tan grande, que mas de una vez los jugadores se olvidan de la hora en que deben abandonar la partida.

A. D.

BOLETIN

DE CONOCIMIENTOS ÚTILES.

EL SIGNO REPRESENTATIVO DE LOS « PESOS FUERTES » EN EL COMERCIO.

En uno de los últimos números del periódico norteamericano el *Atlantic Monthly*, vemos una curiosa opinion sobre el origen del signo con que ordinariamente se representa en el comercio el *dollar* americano y el peso fuerte español.

(§) El articulista supone que las dos líneas paralelas y verticales representan las columnas de Hércules, y la especie de S que las cruza es una cinta arrollada á su alrededor. Segun la tradicion, cuando la primera colonia de los Tirios arribó á las costas españolas del Atlántico y fundó la antigua ciudad de Gades, hoy Cádiz, Melkath, jefe de la expedicion, elevó dos grandes columnas de piedra como memoria de su llegada, y sobre ellas se construyó un templo á Hércules. Cuando las riquezas del templo lo permitieron, las columnas de piedra fueron reemplazadas por otras hechas con una aleacion de oro y plata, y estos pilares llegaron á ser con el tiempo el emblema de la ciudad de Cádiz, como la cabeza de un caballo lo era de la de Cartagena.

Bastantes siglos despues el emperador Carlos V de Alemania y I de España adoptó un nuevo escudo de armas, en el cual ocupaban las columnas de Gades ó Cádiz un lugar prominente en la divisa. Así es que la moneda acuñada en las fábricas imperiales llevó ya esculpidas las dos columnas á ambos lados del escudo, enlazadas con una cinta y la letra *Plus ultra*, tomando por esta razon el nombre de columnarias. Este cuño llegó á ser muy apreciado en los grandes centros comerciales del Mediterráneo, y los pilares y la cinta vinieron á ser aceptados como su simbolo en la escritura.

Un origen parecido es el de las dos barras horizontales que cruzan la L, signo de las libras esterlinas inglesas. En cuanto al origen simbólico de las columnas de Hércules, lo hace remontar el autor del artículo á una era remotísima, anterior á la dispersion de la raza humana de su cuna asiática.

Tienen el mismo significado que las columnas de los templos escandinavos, y la idea abstracta que representan se encuentra ya en los mas antiguos libros sagrados del Indostan, los vedas sanscritos, y mas tarde en las ricas y pintorescas imágenes de los poetas hebreos. Las dos columnas son el simbolo del dia y de la noche, de la luz y de la oscuridad, lo que en la aurora de la inteligencia de las razas indias evidenciaba la existencia de un ser omnipotente, y para los patriarcas judíos era la obra de un Supremo Creador revelado por las Sagradas Escrituras.

Encontramos mas ingeniosa que verdadera la opinion del erudito escritor del *Atlantic Monthly*, sobre el origen del simbolo del peso fuerte español ó *dollar* americano usado por el comercio.

Para nosotros el signo de que se trata es de origen puramente español, lo mismo que lo es el *dollar* de los Estados Unidos. España tenia dos clases de pesos, el uno acuñado, cuyo valor era y es de 20 reales de vellon, llamado *peso fuerte* ó *peso duro*, y otro que era una moneda imaginaria, que llevaba solo el nombre de *peso* ó *peso sencillo*, de valor de 13 reales de vellon. Ahora bien; cuando las cuentas se ajustaban en pesos fuertes, la marca usual en la escritura ordinaria era la abreviatura *pfs.* (entrelazada la *s* con las otras dos letras), la que todavia se acostumbra en algunas provincias de España; pero en el mundo comercial ha venido alterándose esta abreviatura hasta formar la generalmente usada hoy dia de una especie de S atravesada por dos líneas verticales y paralelas.

* *

DEL USO DE LAS INYECCIONES DE AMONIACO EN LAS MORDEDURAS DE VIBORAS.

M. Ore, profesor del hospital de Burdeos, acaba de combatir con buen éxito un tétano traumático por medio de una inyeccion de hidrato de cloral en los vasos. El 25 de marzo último un jóven de diez y siete años entró en el hospital de San Andrés, y durante la noche tuvo un síncope seguido de una gran agitacion y acompañado de calentura, sin que pudiera dormir un solo momento. Parece ser que este jóven se quedó dormido el dia antes cerca de un barranco, y al despertarse sintió que un cuerpo se deslizaba á lo largo de su pierna: era una serpiente que se arrastraba sobre él; y cuando este animal se vió cogido de la cabeza, le mordió en el dedo pulgar de la mano derecha. A los pocos momentos se le hinchó todo al rededor de la picadura, sintiendo al mismo tiempo un dolor agudo.

El reptil era indudablemente una vibora; y recordando en aquel momento M. Ore que los médicos americanos tienen la costumbre de tratar sus enfermos, en casos semejantes, por inyecciones de amoniaco, comprimió el antebrazo del jóven inyectándole de una vez diez gotas de amoniaco echadas en siete gramos de agua destilada. Algunas horas despues el enfermo se sintió mejor, la hinchazon se habia detenido y el pulso llegó á su estado normal, y el 23 de marzo, tres dias despues de su entrada en el hospital, el jóven estaba completamente curado. M. Ore añade que la inyeccion amoniaca no produce ninguna perturbacion en los vasos, y aconseja este tratamiento en casos análogos. Aunque estamos conformes con la opinion de este profesor, dudamos, sin embargo, que solo el amoniaco cure radicalmente las picaduras venenosas, porque recordamos que en la Argelia y aun en Francia usan del amoniaco mezclado con alcohol cuando se sienten mordidos por una vibora; y por consiguiente, en este caso solo falta averiguar si tan admirable efecto se debe al alcohol ó al amoniaco. El doctor Gosson cuenta que un guarda del Jardin de Plantas de Bruselas fué mordido por una serpiente. Como el estado del enfermo llegó á ser muy grave, se le administró tambien el amoniaco, y á las pocas horas despues la agitacion desapareció y el pulso se calmó, viéndose completamente curado á los pocos dias, á pesar de que la mordedura remontaba á treinta y seis horas. En la Argelia unas veces este medicamento produce admirables resultados, otras veces es ineficaz, y no en pocos casos los enfermos se restablecen completamente despues de grandes sufrimientos, sin haber hecho uso de ningun remedio.

Creemos pues que esta cuestion no está bastante dilucidada. Tambien debemos advertir que la picadura de la vibora solo produce la muerte en algunos casos, porque en general no tiene la gravedad que algunos suponen.

* *

EL COMETA DE 1874.

M. Coggia, del Observatorio de Marsella, descubrió el 17 de abril último un cometa telescopio, perdido en las regiones polares de nuestro cielo boreal: una débil nebulosa apenas perceptible en el fondo oscuro de la bóveda celeste.

Este hermoso cometa se veía á la simple vista á pesar del plenilunio, y á medida que este descendía iba el cometa apareciendo con el mayor brillo. Su núcleo,

muy vivo, ha trazado con sus rayos una especie de abanico, que en la tarde del 27 de junio formaba un semicírculo. Los rayos eran iguales, y ninguno presentaba formas tan excepcionales como se vieron en los cometas de 1860 y 1862. Su colorido tiene tres zonas, amarilla, verde y azul; la verde, que se hallaba en el centro, es muy marcada. En ausencia de la luna se unian las zonas en un débil espectro continuo, lo cual se debe á la parte mas brillante del núcleo. La cola media tres grados, y era cada vez mayor á medida que desaparecia la luna. Su luz iba aumentando cada dia, hasta mediados de julio, que llegó á su apogeo; pero á pesar de que entonces parecia casi estacionario, continuaba su marcha para pasar á otro hemisferio.

El 22 de julio fué cuando se aproximó mas á la tierra. Hasta hoy los elementos parabológicos de la órbita no satisfacen á las observaciones, por lo cual no se puede aun deducir que sea periódico, y solo con los estudios que se han de hacer en el otro hemisferio se podrá resolver la cuestion.

El R. P. Secchi, del Observatorio romano, ha examinado este nuevo astro, y, como habia observado en otras ocasiones, vió líneas de carbono ó uno de los óxidos de carbono. Es muy notable que se encuentra casi siempre el carbono como el elemento principal de estos astros errantes. ¿No será quizás un cometa un gigantesco diamante volatilizado? Si realmente el carbono existiese en estos astros al estado de óxido de carbono, no careceria de peligro encontrarse con un cometa, pues si bien el choque no seria peligroso, introduciéndose en nuestra atmósfera una cantidad tan excesiva de óxido de carbono, un gas tan eminentemente tóxico, sus consecuencias habrian de sernos muy fatales.

* *

LOS CATARROS NASALES EN VERANO.

Muchas personas sufren en esta estacion de una afeccion muy molesta, que se parece á una coriza. El paciente estornuda repetidas veces con una gran violencia, la nariz se obstruye, y con un poco de sol que se tome, la inflamacion aumenta y la calentura no tarda en presentarse con un fuerte dolor de cabeza.

Esta afeccion es muy comun en Inglaterra, en donde se la conoce con el nombre de *hay fever*, calentura de los henos. Con mucha frecuencia el origen de este padecimiento se atribuye á que se introducen en los órganos respiratorios el polen de las flores y los principios volátiles de las plantas. Mientras que la florescencia está en completa actividad, el aire se carga de polen y de esporos, y al respirarle estos corpúsculos producen la inflamacion de la mucosa nasal. Ya sabemos que es suficiente pasar por una tierra de lúpulos y adormideras en flor para sentir la influencia de los principios que estos vegetales exhalan en el aire, percibiendo muy en breve una sensacion muy marcada de adormecimiento; y si se atraviesa una tierra de estramonio ó de tabaco en flor, análogas sensaciones se sienten, acompañadas de náuseas, de debilidad y de dolores de cabeza.

Estos efectos son algunas veces tan enérgicos, que cuando se pasa por la noche cerca de una tierra de zumaque, barniz *rhus vernix* en flor, produce una tumefaccion edematosa y una inflamacion muy parecida á la erisipela.

El polen de muchas especies de lobelias produce tambien náuseas y vértigos, y no pocas plantas de los bosques y de los prados producen fenómenos mórbidos muy pronunciados cuando se respira su polen, sus principios volátiles y hasta algunos infusorios que viven sobre sus hojas ó su corola.

A una causa análoga se atribuye la fiebre de los henos. Desde que M. Helmholtz, el eminente fisiologista alemán, fué atacado en 1847 de este singular catarro, trató de estudiar sus causas, y ya en 1868 descubrió la existencia de organismos muy inferiores en las secreciones nasales que acompañan á esta enfermedad. El mal sobreviene regularmente en la época de la recoleccion del heno, y se aumenta cuando el paciente se expone á los rayos del sol; pero si despues pasa á la sombra ó en algun sitio fresco, esta afeccion desaparece completamente.

Solo en este periodo se encuentran en las secreciones nasales, entonces muy abundantes, algunos vibriones, que desaparecen en seguida. Estos infusorios son tan pequeños, que no pueden verse sino con un disco de inmersión de un microscopio de Hartnack. Entonces se les ve moverse de atrás á adelante y á la inversa, y si la temperatura baja se quedan inmóviles. Es de advertir que la única secrecion que los contiene es la que ha sido arrojada por estornudos violentos.

El doctor Binz trató de matarlos con el auxilio de una solucion de quinina, que, como ya sabemos, es un tósigo para los infusorios. M. Helmholtz preparó una solucion neutra de sulfato de quinina que contenia un poco de esta sal, 1/800 solamente, liquido que produce una irritacion moderada de la mucosa nasal. Si con el auxilio de una pipa pequeña se vierte próximamente cuatro centímetros cúbicos en las dos ventanas de la nariz, el malestar desaparece completamente.

Es suficiente repetir esta operacion por tres veces para que desaparezcan los vibriones en las secreciones; pero si no se emplea el sulfato de quinina, los estornudos vuelven.

Aunque el ilustre fisiológico hizo estas experiencias en 1868, no se atrevió á darlas á conocer hasta que pudiera comprobarlas con otros enfermos. Hoy ya cree poder asegurar que esta afeccion desaparece por completo con el uso de la quinina. Si los vibriones no son la causa principal, sirven para agravar sus sintomas, y cuando sobreviene el calor se les ve correr sobre la membrana mucosa de la nariz.

M. Tyndall ha conseguido tambien iguales efectos en el *catarrhus æstivus* con el uso del sulfato de quinina.

*
* * *

LAS TEMPESTADES. — LA ELECTRICIDAD ATMOSFÉRICA.

Entre las particularidades que se observaron en una de las últimas tempestades, debemos citar un fenómeno que hasta ahora no ha sido estudiado por los astrónomos.

Se trata de un relámpago que tenía la forma de una bola, que se vió en el barrio del Cardenal Lemoine, durante la tormenta que descargó el 9 de julio último. Esta forma ha sido clasificada por Arago en la clase de los relámpagos, los cuales son visibles durante algunos segundos.

Estos globos de fuego, que han sido una piedra de escándalo para los meteorólogos, han dado lugar á numerosas observaciones. Los globos luminosos aparecen con mas frecuencia en medio de tempestades volcánicas que durante las tormentas ordinarias.

De las masas luminosas que aparecen con la forma de globo, definidas perfectamente en toda su circunferencia, Arago cita las que dejan paralelas inflamadas en su camino, como sucede á los cohetes. Esta forma se ve tambien en el mar, como lo probó el hecho siguiente:

El 13 de julio de 1798, encontrándose el buque *Good Hope*, de la Compañía de las Indias, á 35° 40' de latitud Sur, y 42° de longitud oriental, vió un relámpago que tenía la forma de globo, que produjo una violenta detonacion, matando á un marinero é hiriendo gravemente á otro.

Indicaremos otro hecho igual que ha tenido lugar en París, y fué contado á M. Arago en 1832.

« En primero de junio de 1832, dice M. Meunier, pasaba por la calle de Montholon, en París, entre once y once y media de la noche, cuando oí un trueno.

En un principio hice poca atencion y continué mi camino, hasta que vi brillar en medio de la calle un relámpago, seguido instantáneamente de un trueno que mas bien parecia una descarga de artillería. Entonces me pareció ver una bomba que habia estallado con gran violencia en medio de la calle, y como en estos momentos creí observar que se dirigia hácia mí, supuse en un principio que seria la luna que se habia desprendido del cielo, porque tenía las mismas dimensiones y el mismo color.

Como en aquel instante recordé que cuando se ve un relámpago no debe temerse al rayo, seguí mi camino, contentándome con meterme mas mi sombrero, que con la conmocion que produjo en mí la descarga, se me habia caido hácia atrás. Despues seguí mi camino con la mayor tranquilidad hasta llegar á la plaza Cadet; pero en el momento en que ponía el pié en la acera, oí avanzar un poco oblicuamente un nuevo globo de fuego, parecido al anterior, aunque con la diferencia que tenía una llama roja en la parte superior.

Este globo, que no estuvo precedido de un relámpago, al menos perceptible para mí, estalló de tal modo, que sentí una fuerte sacudida en el lado derecho, arrojándome contra la pared. »

Ya se concibe fácilmente que los efectos que produce el rayo tienen mucha analogia, aunque en menor escala, con los que se sufre con nuestros aparatos eléctricos; pero hay otros que no pueden explicarse. ¿Cómo puede conocerse, por ejemplo, la verdadera causa de esas llamas que se desarrollan en el seno de las aguas, trasformando los lagos en gigantescas poncheras?

En la noche del 4 al 5 de setiembre de 1867, por ejemplo, durante una violenta tempestad, el arrendatario de un estanque, cerca de Parthenai, en Poitou, le vió cubierto de una llama tan espesa, que no pudo distinguir el agua. Al dia siguiente todos los peces aparecieron muertos en la superficie del estanque. Algunas veces aparecen grandes meteoros luminosos, sin que en apariencia estén acompañados de tempestades.

El 4 de noviembre de 1769, á 47° de latitud Norte y 11° de longitud Oeste de París, un globo de fuego que tenía un tinte azul y era del tamaño de una rueda de molino, avanzó con la mayor rapidez rodando sobre la superficie del agua hácia el buque inglés la *Montasia*. Despues de haberse levantado verticalmente á poca distancia del buque, chocó con los palos con tanta violencia, y produjo un ruido tan espantoso, que se parecia mas bien á la descarga de un centenar de cañones.

Cinco marineros fueron arrojados al suelo, y otro quedó herido gravemente; el gran mastelero de ga-

bia quedó hecho astillas, y el palo mayor apareció con una gran hendidura.

Además, las gotas de agua y el granizo que durante una tempestad se tropezaban ó caían en el suelo, producian mil luces. En 1761, Bergman escribia á la Sociedad real de Lóndres lo siguiente: « He observado por dos veces durante una noche, sin que se oyera un trueno, que caía una lluvia que á su contacto despedía tales chispas, que parecia que la tierra estaba cubierta de olas inflamadas.

No creemos inútil recordar á nuestros lectores los preceptos que se han recomendado en muchas ocasiones para librarse de los rayos: Evitar la formacion de grupos, no estar en contacto con los objetos metálicos de las habitaciones, alejarse de los espejos, desembarazarse de las llaves, cadenas, etc. Creemos inútil añadir que es una preocupacion creer que los trajes de seda, y sentarse sobre taburetes de cristal y cauchú, etc., es bastante para librarse del fuego eléctrico. La presion eléctrica del rayo es muy considerable para que no pueda atravesar tan débiles obstáculos.

Respecto á los distritos mas amenazados del rayo, se cree que depende mucho de la orientacion con relacion á los vientos tempestuosos, de la constitucion geológica del suelo, de la topografia, y mas particularmente del estado higrométrico de la atmósfera.

Los distritos secos están mas expuestos que los húmedos ó los que están próximos á los rios. Asi vemos que mar adentro hay menos tormentas que en el litoral. Los distritos elevados sobre un rio están siempre mas amenazados; y las colinas parece que oponen un dique, segun la direccion de la tempestad.

Los vientos siguen las llanuras, y la tormenta se desencadena no á lo largo del *thalweg*, sino á lo largo de una sierra. En general, cuando hay una tormenta en un dia dado, es raro que no se reproduzca al dia siguiente con una hora de retraso, como si obedeciera á las horas de la marea.

Estos hechos, no solo han sido observados en las costas por los marineros, sino que nosotros mismos lo estamos viendo con mucha frecuencia.

Holland-house.

(Continuacion. — Véase el número 1,129).

Creemos supérfluo extendernos acerca de la carrera política de Carlos Fox: nos limitaremos, pues, á indicar ciertas circunstancias que debieron influir considerablemente en su carácter. La indulgencia que tuvieron con él desde sus primeros años y las tentaciones á que se vió expuesto, explican los vicios que contrajo. Lo que no puede menos de admirar es que de esta educacion saliera con las cualidades que despues demostró. M. Fox creía que sus hijos no debian experimentar la menor contradiccion á sus mas pequeños caprichos. Un dia prometió á su hijo Carlos que un muro del jardin seria derribado en su presencia, pero como esta promesa no pudo realizarse por una equivocacion, hizo volver á construir la pared, con el objeto de poder cumplir la palabra que habia dado á su hijo. Aunque esta determinacion pudiera reputarse como un acto de verdadera demencia, tenía al menos el mérito de querer inculcar en el ánimo del niño el respeto que debia tener á su palabra, y en este concepto, el ejemplo era bueno.

— Carlos es de un carácter tan violento, decia lady Carolina, que me hace temblar por su porvenir.

— ¡Bah! contestaba M. Fox, no os inquieteis por eso, porque es un niño de muy buen sentido, y con el tiempo sabrá moderarse.

El futuro hombre de Estado, que oyó esta conversacion, al escribir sus Memorias dice con este motivo:

« No negaré seguramente que fuera yo un jóven sensato y de inteligencia, pero tampoco dejaré de consignar que estas palabras hicieron sobre mí tan gran impresion, que no dejaron de influir mucho en mi carácter. »

Este niño tan temible tuvo un dia el capricho de romper un reloj, y su padre en vez de impedirselo, le animó para que continuara en tan censurable tarea.

Otra vez lord Holland, que era entonces secretario de Estado, acababa de escribir un despacho importante, cuando Carlos entró en su cuarto, y despues de leerlo y censurarle, lo arrojó al fuego. Lord Holland, sin reprimir á su hijo, escribió con la mayor calma otro despacho.

El respeto que tenía á su madre no era mucho mayor, porque un dia que en su conversacion cometió un error de historia, despues de mofarse su hijo de ella, fijó la verdadera fecha en la cuestion que se discutia.

A la edad de catorce años su padre le llevó á París y á Spa, en donde muy pronto penetró en las principales casas de juego; y despues de haber pasado algun tiempo en Eton, este extraño colegial hizo un segundo viaje á París, entregándose sin el menor temor á todas las pasiones propias de la juventud. Si alguna vez, por modestia ó timidez, se detenía en esta fatal

pendiente, su conducta era ridiculizada por su imprudente y culpable padre.

En una carta del 23 de julio de 1765, escribia lord Holland:

« Carlos está ahora en Oxford, despues de haber residido en París durante dos meses, en donde se ha divertido mucho. Aunque en su educacion se observa un conjunto de ideas las mas diversas, como no se han visto jamás, sin embargo, no creo que deje de conquistar una regular posicion. »

Los estudios que siguió en diferentes colegios, alternados con sus viajes, iniciaron á Carlos Fox en lenguas y en la literatura extranjera, á la vez que se dedicaba á estudios clásicos; pero prescindiendo de las consecuencias morales que pudieran influir en su educacion, ¿su misma vida de disipacion no seria bastante para apagar en él el gran deseo que tenía de instruirse?

En esta época fué cuando el jóven estudiante y uno de sus compañeros hicieron á pié el viaje desde Oxford á Holland-house, sin tener en el bolsillo ni un penique. Al llegar, las primeras palabras que Carlos dirigió á su padre, fueron para decirle:

— Enviad en seguida media guinea á la *tavern* de Nettlebed, en donde he dejado mi reloj en prenda de un cántaro de *porter*.

Lady Holland no tenía tanta confianza como su marido en este sistema de educacion, porque un dia le dijo, refiriéndose á su hermana la duquesa de Leicester:

— He visto anoche á lady Hector Pitt y al pequeño William Pitt, que no ha cumplido aun ocho años, y os aseguro que es la criatura mas perfecta que he conocido. Este niño está muy bien educado, pero tened presente mis palabras: « será una espina que Carlos tendrá en el corazon mientras viva. »

Lady Carolina tendria tal vez razon; pero tambien debe tenerse presente que los resultados que se obtienen de estos dos sistemas de educacion tan opuestos, se escapan con frecuencia á todos los cálculos.

El 8 de febrero de 1772, Gibbon escribia á Holroyd con motivo de los debates parlamentarios que se sostuvieron sobre el establecimiento de la Iglesia:

« Carlos Fox se preparó á este combate pasando veinte y dos horas jugando á juegos de azar. Tan piadoso ejercicio le cuesta 500 libras esterlinas por hora, ó sean 11,000 libras. »

En diciembre de 1773, el célebre historiador decia: « Ya sabéis que lord Holland paga las deudas de su hijo Carlos, que ascienden á 140,000 libras esterlinas (3,500,000 francos). En la junta de acreedores, su representante ha declarado que, deducida una renta de 6,000 libras esterlinas señalada á su hijo mayor, y una cantidad decorosa que conserva para él, solo le quedan 90,000 libras esterlinas. »

Walpole hace mencion de otras 2,000 libras satisfechas por deudas contraidas por Stephen y Carlos.

En abril de 1772 Carlos presentó una enmienda á la ley de matrimonios, que su padre habia combatido. Despues de haber elogiado este discurso, pronunciado por este célebre orador, Walpole añade:

« Ha regresado esta mañana de New-Market, en donde perdió 1,000 libras. Al regresar se detuvo en Hockeril, y despues de haber pasado bebiendo toda la noche en amable sociedad, llegó al Parlamento sin haber dormido en toda la noche ni escrito una sola linea del discurso que debia pronunciar aquel mismo dia. Jamás estuvo tan inspirado: es un verdadero genio, como no se encuentra en los anales parlamentarios. »

Durante los tres primeros años de su vida política, Carlos Fox parece que trataba de hacerse tan poco popular como su autor, de que ya participaba de sus principios arbitrarios. Una enmienda proponiendo que se encausara á Woodfall, acompañada de un violento discurso en que dominó á la ciudad y á la prensa, que fué la causa de que el rey diera orden á lord North que le dirigiera la carta siguiente:

« Su Majestad ha juzgado conveniente nombrar una nueva comision de la Tesorería, en la que no veo vuestro nombre. »

Al ver que habia caido en la desgracia del rey, se pasó á la oposicion, tomando parte en sentido liberal en todas las cuestiones políticas que se promovieron despues, haciéndose en muy poco tiempo el campeón preferido y el orgullo del partido *whig*.

Es indudable que Carlos Jacobo fué la persona mas ilustre de la familia; pero si deseamos conocer entre los miembros de la familia los que mas contribuyeron á engrandecer á Holland-house, debemos citar á Enrique Richard, lord Holland, sobrino del orador, é Isabel Vassal, su mujer, la lady Holland por excelencia y una de las mujeres mas notables de su tiempo. Cuando lord Holland regresó de su viaje por Europa, volvió á Inglaterra apto para desempeñar el papel que le imponía la posesion de una magnífica morada señorial, situada en las cercanías de la metrópoli de los tres reinos. Despues de haber hecho grandes obras en Holland-house en 1796, bajo la direccion del arquitecto Saunders, abrió sus salones á todos los personajes mas ilustres, dando á esta residencia el mismo brillo intelectual que habia tenido en tiempo de Addison. La sociedad que frecuentaba Holland-house era realmente una reunion cosmopolita: Holland-house era entre las casas de Inglaterra, lo que esta nacion es entre los demás países, un terreno neutro en donde se encuentra asilo para todas las opiniones.

« Los hombres en general, dice la princesa, sienten

que se sucedan los años con tanta rapidez, y sin embargo, hoy habrá muchos que quisieran ser mas ancianos por haber formado parte de este círculo y asistido á los brillantes torneos del talento de que Holland-house fué teatro. Segun una lista dada por lady Isabel Holland á sir John Mackintosh, se podrian conocer los nombres de las personas que han inmortalizado á Holland-house. En esta lista, en la que figuraban casi todas las personas mas notables del partido *whig* y la mayor parte de los extranjeros mas distinguidos que visitaron la Gran Bretaña durante cincuenta años, solo se veia un nombre *tory*, lord Eldon, que era seguramente el último que se esperaria encontrar en Holland-house. La princesa de Liechtenstein escribió con este motivo una especie de catálogo razonado en el cual describe los rasgos característicos de estos personajes:

« Talleyrand, de un carácter esencialmente diplomático y espiritual, é indiferente á todos los partidos uniéndose siempre al mas fuerte.

» Madama Stael, que ha descrito la Italia en un francés lleno de gracia y veracidad, ha analizado la literatura alemana.

» Wishaw, crítico eminente, cuyo voto era tan precioso de poseer como difícil de obtener.»

De otros se limita á consignar algunos de sus dichos mas notables.

Tal era Luttrell, que definió de esta manera el clima de Inglaterra: « Una chimenea por la cual se mira desde abajo á arriba en un día claro, y desde arriba á abajo en tiempo de lluvia.»

Luttrell, gastrónomo, que estando un día á la mesa dejó pasar un rico manjar por hallarse ocupado en mirar á un convidado que no reia de un chiste de Sidney Smith, tenia un carácter tan original, que un día que le preguntaron por qué tenia tanta aversión á los monos, contestó:

— Porque me recuerdan á mis parientes pobres.

Otra vez que le preguntaron si un personaje conocido por su pesadez se le habia hecho molesto, contestó:

— Tan molesto como la ocasion se lo permitia.

Se cita de él otra contestacion que demuestra su carácter.

Lady Holland tenia por costumbre recibir mucha gente á comer. Un día que habia acudido mayor número de personas que de costumbre, se presentó un nuevo convidado.

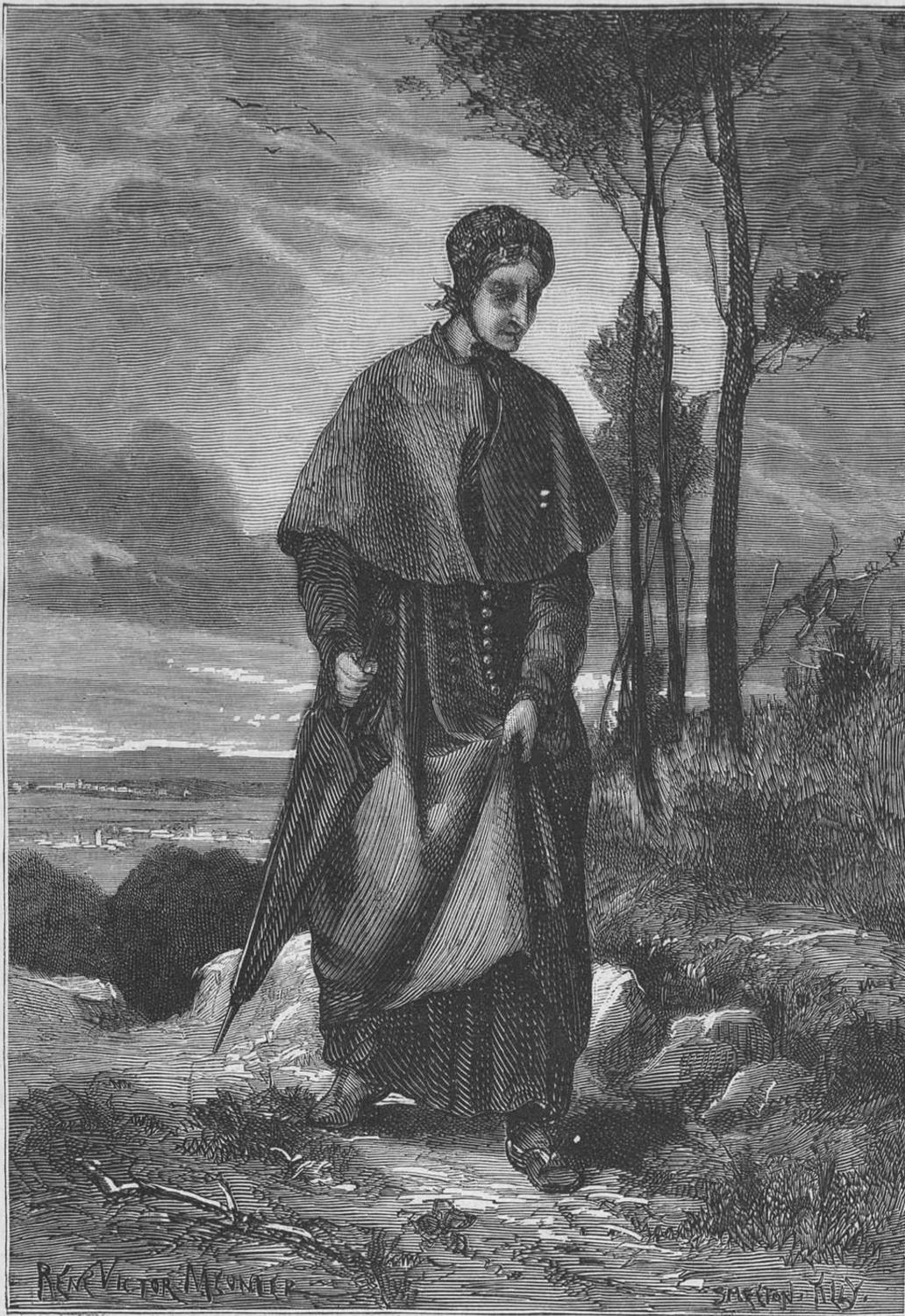
— Luttrell, dijo la señora de la casa con un gesto imperioso, haced sitio.

— En efecto, contestó él, es indispensable hacerle, porque no hay.

Es preciso convenir que esta anécdota no hacia un gran favor á lady Holland. A las eminentes cualidades que adornaban á esta noble dama reunia no pocos defectos; era bella é instruida, y tenia por costumbre contradecir á todos; pero no podia tolerar que los demás hicieran lo mismo con ella. Tenia además un verdadero placer en dirigir palabras desagradables, si bien es preciso convenir que lo hacia con gran talento. Entre muchos de sus rasgos citaremos uno que revela su carácter despótico. Un día que regresaba de Chippenham por Great-Western en compañía del ingeniero Brunel, le exigió que hiciera disminuir la velocidad del tren expreso, á pesar de las protestas de los viajeros. En otra ocasion insistió en que Dickens la dijera el final del *Nicholas Nickleby*, que habia empezado á publicar, cuando tal vez el ilustre novelista lo ignoraria él mismo. Lord Byron no la perdonó que un día le dijera que engordaba mucho, y para vengarse de ella, escribió un cruel é injusto epigrama acerca de las comidas que se daban en Holland-house. Además, Talleyrand se quejaba de las horas en que se daban estos convites.

— Esto es solo para molestar á todo el mundo, decia el ilustre diplomático.

Las magníficas comidas que daba lady Holland, lo debia en parte al sistema que usaba, sin la mas pequeña contemplacion. Este sistema consistia en poner á contribucion á todos sus huéspedes que residian en paises en donde habia notables productos gastronómicos. Así que, un día que oyó elogiar en la mesa los corderos de los Ardenes, rogó á M. Van de Veyer que



Una peregrina.

le enviara uno. Este escribió inmediatamente para que le remitieran medio cordero.

(Se continuará.)

Una peregrina.

En una de mis excursiones por los campos en busca de los sitios mas pintorescos, observé, no lejos de la Belle-Epine, una mujer sentada al pié de un árbol, hablando con una aldeana que se hallaba de pié delante de ella. Cuando pasé á su lado ví que su interlocutora se despedia, rogándola con unción que la recomendará á la proteccion del Todopoderoso.

Este saludo patriarcal hecho en los alrededores de Paris, en donde, como diria Boileau, no se habria oido hacia mucho tiempo, excitó mi curiosidad, y fijando mi atencion, observé que esta buena mujer llevaba un largo rosario que la ceñia el talle y que indudablemente era la prenda mas notable de su traje. Como su itinerario la obligaba á seguir la misma direccion que yo, caminamos juntos durante algunos instantes. No tardó mucho en entablar conversacion conmigo, en un patuá tan pronunciado, que apenas pude comprender la mitad.

Despues de preguntarme la distancia que la separaba de Fontainebleau y de contestarla que todavía la faltaban una docena de leguas que andar, añadió que si yo conocia por aquellos alrededores algun convento, hospicio ó casa religiosa en donde pudiera pasar la noche. La contesté que tenia en Athis la *Casa de Dios*, y mas lejos una especie de comunidad que habia visto en Juvisy, y como despues me diera las gracias:

— ¿Vais sin duda en peregrinacion? la pregunté.

— Sí, señor, me contestó, mirándome con semblante alegre, voy á Puy-de-Dôme.

— ¡A pié! ¿Cómo es posible que?...

— ¡Oh, sí, señor!...

Y sonriéndome de la admiracion que me causó su contestacion:

— ¡Ah, he estado aun mas lejos el año pasado! continuó, pues estuve en Lourdes. Para venir de mi casa, cerca de Arras y volverme, me fué preciso hacer cerca de 600 leguas en tres meses. El año pasado hice el viaje á La Sallette, recogíndome durante la noche en los conventos y en los hospicios, en donde inscribieron mi nombre, para poder justificar que habia pasado por esos sitios.

— ¿Para probar, decís?... Entonces no hacéis por vos la peregrinacion.

— ¡Oh, no! Algunas personas me encargan que rece por ellas algunas oraciones, que compre algunos objetos ó que haga bendecir algunas medallas; y para esto es preciso que yo pruebe que he ido á Lourdes ó á La Sallette. Ya comprendéis, que para esto es indispensable que dé una garantia de que he rezado y hecho bendecir los objetos que me entregan.

— Es verdad, pero, ¿quién os hace semejantes encargos?

— Tengo que rezar por cuenta de la condesa de B., el señor cura de X, me ha dado dinero para que le traiga algunas medallas, y monseñor D. me ha confiado varios objetos para que los haga bendecir. Además, tengo varias cartas para hacer una visita á diferentes personas que con frecuencia me confian sus encargos.

Esta nueva profesion fué para mi una verdadera revelacion, y el modo de ejercerla me hizo recordar el voto que hizo un marino en medio de una horrible tormenta:

« ¡Virgen Santisima, salvadme de este naufragio y os ofrezco que mi hermano mayor se hará capuchino!»

Sabia que algunas personas se hacian sustituir por otras para el desempeño de destinos, y hasta en muchos casos, para exponer su vida, pero ignoraba que hubiese sustitutos para rogar á Dios.

— ¿Hace mucho tiempo, la pregunté, que andáis así por los caminos?

— Es el quinto año, me respondió. Os aseguro que ya conozco bastante el pais. Algunos me dicen: Un día os encontrarán muerta en medio de un camino. Pero, ¿qué me importa á mí morir en el campo ó en cualquiera otra parte? ¿No tenemos que estar siempre dispuestos para cuando Dios nos llame á sí?

— ¿Y caminais siempre á pié?

— ¡Oh, sí, señor! Diariamente hago seis ó siete leguas, y algunas veces mas y otras menos, segun el estado del camino, porque no pocos dias hago doce leguas, porque ya sabéis que las peregrinaciones deben hacerse á pié.

Estas palabras las pronunció en un tono tal de satisfaccion, que me hizo recordar la fe con que el musulman vuelve de la Meca, y hasta me hizo sospechar si no envolvian una censura á las peregrinaciones que se hacen en ferro-carril, en lugar de imitar los antiguos peregrinos.

Así llegamos á la Belle-Epine, en donde el camino de Fontainebleau se extiende á nuestra izquierda hasta perderle de vista.

Despues de despedirme de la viajera, deseándola un feliz viaje, la dejé porque queria alargar mi paseo del lado de Chevilly.

En la cima de una pequeña eminencia me volví y seguí con la vista á la buena mujer, que medio encorvada, con el vestido recogido y el paraguas en la mano, continuaba su camino por la empolvada carretera. En aquel momento se me representó que al día siguiente y aun durante una semana, seguiria andando como el Judío Errante, cargada de pecados de otros; y mi imaginacion se fijó despues sobre aquellos que la envian á tan penoso viaje, sentados con la mayor tranquilidad en un cómodo sillón y haciendo por su salvacion 600 leguas con las piernas de otro...

L. P.